

9

DAD AUT

CIÓN GEN



JC229

M3

C.1

AL

0123



1080027746



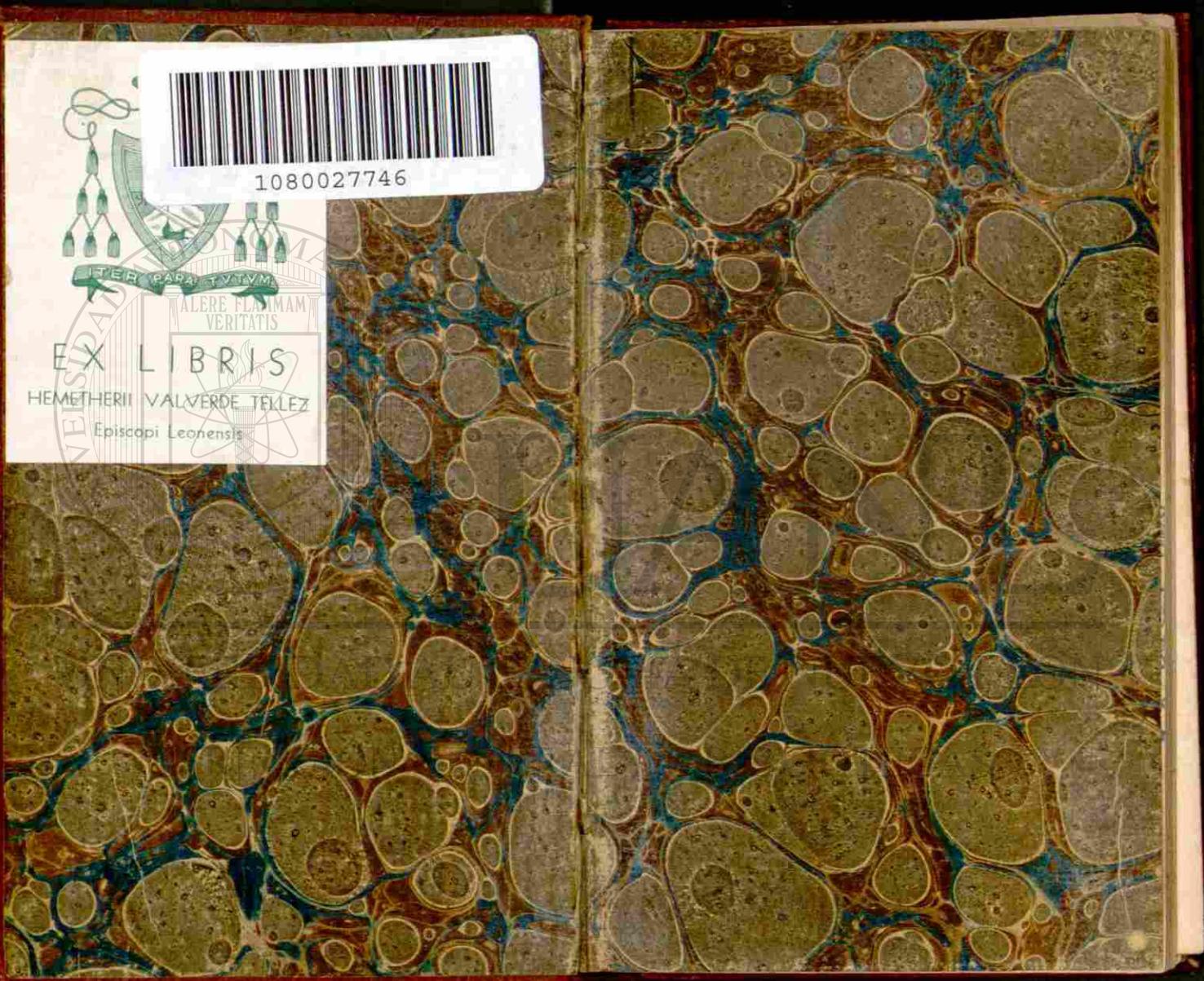
POSTERIORI PARATI TIVM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

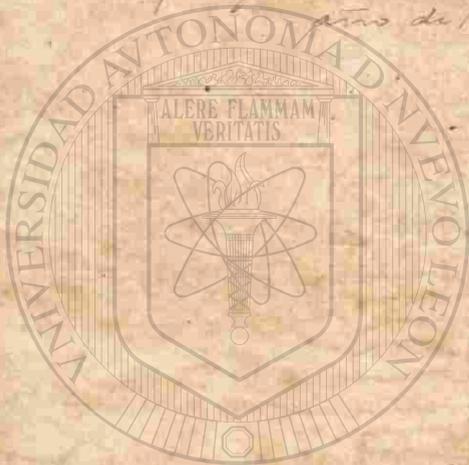
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



Emmanuel Valverde

el 20 de Mayo de 1886.



Emmanuel Valverde
PRESBITERO.

EL
PRINCIPIO REGENERADOR
de
TODA SOCIEDAD,
POR
EL CONDE JOSE MAISTRE.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS
por un Mejicano
AMANTE SINCERO DE SU NACION.

UANI



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Téllez
MEXICO.

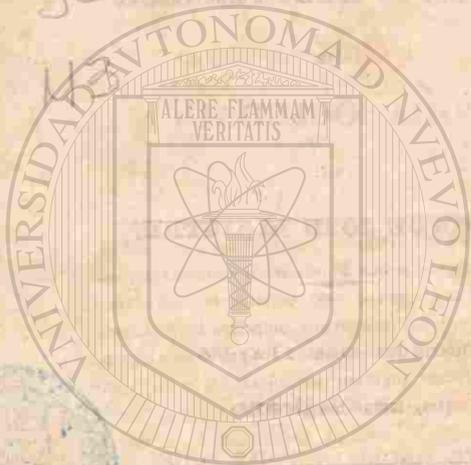
Capilla Alf
Biblioteca Uniu

IMPRESA DE GALVAN A CARGO DE AREVALO.
Calle de Cadena num. 2.

1835.

VALVERDE Y TELLEZ
BIBLIOTECAS

JC229



.....Hanc igitur video sapientissimorum fuisse
sententiam, legem neque hominum ingenii excogita-
tam, nec scitum aliquod esse populorum; sed aeter-
num quiddam, quod universum mundum regeret, im-
perandi, prohibendique sapientia. Ita principem legem
illam, et ultimam, mentem esse dicebant, omnia ra-
tione aut cogentis, aut vetantis DEI.

CIC. DE LEGIB. LIB. II. N. 4.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

024286

EL TRADUCTOR.

Que el hombre busque al hombre, porque insuficiente por sí solo, espera de la union y compañía su proteccion y defensa, es una ley imperiosa de la necesidad. Que unidos por la necesidad los hombres siempre den la preferencia al mas fuerte, al mas poderoso y mas sabio; porque adornado con tales calidades puede fácilmente auxiliar á los demas, ora dirigiendo al ignorante en los tan varios como intrincados negocios de la vida; ora prestando seguridad al débil en los peligros, ora finalmente inspirando con su celo confianza á cuantos componen la sociedad, lo exige la justicia, lo dicta la razon, y es conforme á la voluntad general de los mismos miembros. Por último, que este superior ó magistra-

*

do tenga un verdadero poder y autoridad directiva y coercitiva para formar leyes, gobernar los pueblos, castigar los díscolos, y hacer que se observe la debida subordinacion, es una consecuencia que indefectiblemente mana de su destino, y una atribucion que es preciso concederle desde luego que se deposita en sus manos la direccion y el gobierno.

¿Pero este poder de los *principes*, esta autoridad y *dominio* recibe su fuerza y legitimidad del hombre, de cuya voluntad parece que nace; ó reconoce otro origen mas alto y otro principio esencialmente soberano que le da todo su vigor, estabilidad y firmeza? El siguiente preciosísimo opúsculo del CONDE JOSE MAISTRE, contesta á la pregunta, demostrando que Dios es el *Principio regenerador* de toda sociedad, cualquiera que sea su clase; porque de Dios es la tierra y todos los habitantes de ella. Al ALTÍSIMO en efecto, corresponde como á Criador el dominio sobre todas sus obras; y siendo él un Dios sabio, perfecto y providente, no puede ménos que ser tambien

amante del orden. Y como este orden depende y debe resultar de ciertos principios ó reglas fundamentales, se deduce necesariamente que este Criador, este Señor ha debido dictarlas, esto es, que ha sido y es legislador. ¿Cómo dejarlas al hombre, quien por la corrupcion de su origen tiene obscurecido el entendimiento y tan torcida la voluntad?

La historia toda, aun la que se llama fabulosa, es una prueba demostrativa de esto, pues que envuelve muchas verdades primitivas, que desentierra y deslinda un sagaz observador. Mas la historia verdadera del principio y del establecimiento del género humano, es decir, la del libro sagrado del Génesis, nos presenta á Dios formando despues del diluvio las naciones, y separando unas de otras con un medio tan maravilloso y tan eficaz, que es necesario confesarlo divino. Tal fué la instantánea confusion de la lengua general, infundiendo tantas lenguas nuevas cuantas eran las diversas sociedades que determinó erigir, señalando ademas el orden de los

tiempos y los términos de su habitacion, como proclama San Pablo en el mismo Areópago. Pero no solo se palpa el influjo divino para el establecimiento de las sociedades, sino que tambien decreta en su tiempo y obra el exterminio. Los Amorreos distaban mucho de pensar en el decreto de Dios que los habia de extirpar en castigo de sus iniquidades; y sin embargo, mas de cuatrocientos años ántes lo anunció el Señor á Abraham. Tan cierto así es lo que este Patriarca le dijo: *Qui judicet omnem terram.*

Ni fué esto por una especial providencia en favor de aquel dichoso pueblo que se habia de llamar Herencia del Señor. No: el profeta Balaam que oia las palabras de Dios, sabia la doctrina del Altísimo y veia las visiones del Omnipotente, aseguró que: *Ita faciet Deus*; á saber: la destruccion futura de Moab, Idumea, Amalec, y los Cineos; el espantoso poder de los Asirios, que serian un dia vencidos, lo mismo que los Hebreos, por los ejércitos de los Romanos; y por último, que estos tambien perecerian:

sucesos todos tan grandes, y los mas de ellos sin ningun principio todavía aún, y solo posibles en muchos siglos, y con vicisitudes tan incalculables que solo Dios pudo predecirlos con tanta puntualidad.

La traduccion podrá parecer muy servil, y lo es en efecto. El traductor no se atreve á hablar en lugar del Conde Maistre, ni á subrogar su espíritu al del autor; ni ménos suprimir un tan copioso raudal de ideas y de dicciones que embelesa. No tanto ha intentado traducir al idioma, cuanto á las palabras españolas; pues su fin único es que entiendan los que solo posean esta lengua.

Por la misma razon todas las notas del Apéndice son sacadas de otras dos obras muy célebres y nunca impugnadas del mismo autor, que son: *Considerations sur la France*, que publicó en 1796, tres años ántes de escribir este opúsculo, y *Les soirees de St. Petersburg*, en que trabajaba cuando murió, y que fueron publicadas en 821.

Todo lector que no esté trastornado por el espíritu de vértigo, hallará verdades nue-

vas y convencimientos irresistibles, con una política ó derecho público que quizá no conocia, pero que no podrá negar. Quanto mas considere lo que lea, si lee con imparcialidad y es capaz de entender, tanto mas persuadido ha de quedar. Le excitará á pensar, que es lo mas necesario en nuestra época; la de mas escribir y mas hablar que vieron los siglos. Puedan así los hombres conocer que la libertad de su albedrío no es independencia; ni la dominacion de los reguladores de la sociedad es soberanía suprema, sino potestad cometida por aquel de quien es, y de quien únicamente se deriva todo poder. De muchos males se libraría con esto al género humano.

I. **U**no de los grandes errores de un siglo que los profesó todos, fué el de creer que una constitucion politica podia ser escrita y criada *a priori*, cuando la razon y la experiencia se unen para establecer que una constitucion es una obra divina, y que puntualmente no puede ser escrito aquello que haya de mas fundamental y mas esencialmente constitucional en las leyes de una nacion.

Generalmente se ha creído hacer una grande burla á los franceses preguntándoles: ¿En qué libro está escrita la ley Salica? Pero Gerónimo Prignon respondió muy á propósito, y muy probablemente sin saber hasta qué punto tenia razon, que estaba escrita en el corazón de los franceses. En efecto: supongamos que una ley de esta importancia no existe sino por estar escrita: será cierto que cualquiera que sea la autoridad que la haya escrito, tendrá el derecho de borrarla; la ley entónces no tendrá aquel carácter de santidad y de inmutabi-

vas y convencimientos irresistibles, con una política ó derecho público que quizá no conocia, pero que no podrá negar. Quanto mas considere lo que lea, si lee con imparcialidad y es capaz de entender, tanto mas persuadido ha de quedar. Le excitará á pensar, que es lo mas necesario en nuestra época; la de mas escribir y mas hablar que vieron los siglos. Puedan así los hombres conocer que la libertad de su albedrío no es independencia; ni la dominacion de los reguladores de la sociedad es soberanía suprema, sino potestad cometida por aquel de quien es, y de quien únicamente se deriva todo poder. De muchos males se libraría con esto al género humano.

I. **U**no de los grandes errores de un siglo que los profesó todos, fué el de creer que una constitucion politica podia ser escrita y criada *a priori*, cuando la razon y la experiencia se unen para establecer que una constitucion es una obra divina, y que puntualmente no puede ser escrito aquello que haya de mas fundamental y mas esencialmente constitucional en las leyes de una nacion.

Generalmente se ha creído hacer una grande burla á los franceses preguntándoles: ¿En qué libro está escrita la ley Salica? Pero Gerónimo Prignon respondió muy á propósito, y muy probablemente sin saber hasta qué punto tenia razon, que estaba escrita en el corazon de los franceses. En efecto: supongamos que una ley de esta importancia no existe sino por estar escrita: será cierto que cualquiera que sea la autoridad que la haya escrito, tendrá el derecho de borrarla; la ley entónces no tendrá aquel carácter de santidad y de inmutabi-

lidad que caracteriza á las leyes verdaderamente constitucionales. La esencia de una ley fundamental consiste en que nadie tenga el derecho de abolirla; ¿mas cómo ella ha de ser sobre todos si alguno la ha hecho? El acuerdo del pueblo es imposible; y cuando no lo fuera, un acuerdo no es una ley, ni obliga á nadie, á ménos que no haya una autoridad superior que la sancione.

II. Locke buscó el carácter de la ley en la expresion de las voluntades reunidas, y él debió ser feliz para dar de esta manera con el carácter que precisamente excluye la idea de ley. En efecto, las voluntades reunidas forman un *reglamento* y no una ley; pues esta supone necesaria y manifestamente una voluntad superior que se haga obedecer (1). En el sistema de Hobbes (el mismo que ha hecho

(1) El hombre en estado natural no tenia sino derechos. „Al entrar en la sociedad, yo renuncio á „mi voluntad particular para conformarme con la ley; „la cual es la voluntad general.” L'Spectateur fran- cais, tom. 1. pag. 154, se burló seguramente de esta definicion; pero pudo tambien observar que ella pertenece al siglo, y sobre todo á Locke, que abrió este siglo de una manera tan funesta.

tanta fortuna en nuestro siglo bajo la pluma de Locke), la fuerza de las leyes civiles no se apoya mas que sobre una convencion; pero si no hay una ley natural que mande ejecutar las leyes hechas, ¿de qué servirán ellas? Las promesas, los empeños, los juramentos, no son mas que palabras: tan fácil es romper este débil vínculo como formarlo. Sin el dogma de un Dios legislador, toda obligacion moral es quimérica. Fuerza de un lado, é impotencia del otro: véase aquí todo el vínculo de las sociedades humanas (1).

Esto que un sabio y profundo teólogo ha dicho de la obligacion moral, se aplica con igual verdad á la obligacion política ó civil. La ley no es propiamente ley, ni tiene una sancion verdadera, si no se la supone emanada de una voluntad superior; de modo que su carácter esencial es el no ser la voluntad *de todos*: de otra suerte las leyes no serian sino *reglamentos*, como se acaba de decir, y como lo dice tambien el autor poco ha citado: „Aquelles „que tuvieron libertad para hacer estas con-

(1) Bergier, Trait. Histor. et Dogmat. de la Relig. in 8.º t. 3. c. 4. p. 12. p. 330. D. apres Tertullien Apolog. 45.

„venciones no se quitaron el poder de revocar, las: y sus descendientes que no tuvieron parte alguna en ellas, estan ménos obligados aun á observarlas (1).” De aquí es que el buen juicio primordial, felizmente anterior á los sofismas, buscó siempre la sancion de las leyes en una potestad superior al hombre, ya reconociendo que la soberanía viene de Dios, ya respetando, como procedentes de él, ciertas leyes no escritas.

III. Los compiladores de las leyes romanas insertaron sin desiguio particular un fragmento muy notable de la jurisprudencia griega. *Entre las leyes que nos gobiernan, dice este texto, unas son escritas, y otras no lo son. Nada hay mas sencillo, ni nada mas profundo. ¿Se conoce alguna ley de los turcos que permita expresamente al soberano enviar sobre la marcha á un hombre al suplicio sin la decision intermedia de un tribunal? ¿Se conoce alguna ley escrita que lo prohiba á los soberanos de la Europa cristiana (2)?*

(1) Bergier, *ibid.*

(2) La Iglesia prohíbe á sus hijos mas fuertemente aún que las leyes civiles, el hacerse justicia á sí mismos; y por este espíritu los reyes cristianos no se

No obstante, el turco no se sorprende mas de ver á su señor mandar inmediatamente la muerte de un hombre, que de verlo ir á la Mezquita. Él con toda la Asia y con toda la antigüedad cree que el derecho de muerte ejercido en el pronto es una atribucion legítima de la soberanía. Pero á nuestros príncipes estremecería la idea sola de condenar á un hombre á la muerte; porque segun nuestro modo de pensar esta condenacion sería un homicidio abominable. No obstante, yo dudo que fuera posible prohibírselos por una ley fundamental escrita sin acarrear males mayores que los que se quisieran precaver.

IV. Pregúntese á la historia romana cuál era precisamente el poder del senado, y se quedará muda, á lo ménos respecto de los límites precisos de este poder. En general se observa que el del pueblo y el del senado se hacen jamas justicia, ni en los crímenes mismos de lesa magestad contra el primer gefe; sino que remiten los delinquentes á disposicion de los jueces para que sean castigados segun las leyes con las formalidades judiciales. Pascal Lettres. Prov. Lett. 14. Este pasage es importantísimo, y debería hallarse en otra parte.

contrapesaban mutuamente sin cesar de combatirse. Se ve claro que el patriotismo ó el cansancio; la debilidad ó la violencia terminaban aquellas luchas peligrosas (1). Al representarse aquellas grandes escenas de la historia se halla uno tentado de creer que las cosas habrían ido mucho mejor si hubiese habido leyes terminantes que circunscribieran los poderes; pero este habría sido un grande error: semejantes leyes *comprometidas continuamente* por casos inesperados, ó por excepciones forzosas, no habrían durado seis meses, ó habrían trastornado la República.

V. La constitución inglesa es un ejemplo que nos cae mas de cerca, y por eso mas patente. Examínese con atención; se verá que *ella no va mas que no yendo* (si se permite es.

(1) He reflexionado muchas veces sobre este pasaje de Cicerón: *Leges Libiae uno versiculo Senatue puncto temporis sublatae sunt*. De Legib. 2. 6. ¿De cuál derecho se tomó el senado esta libertad? ¿Y cómo el pueblo le dejó hacer? Ciertamente que no es fácil responder; mas ¿qué hay que admirarse en esta materia? Despues de todo lo escrito sobre la historia y las antiqüedades romanas, ha sido necesario en nuestros dias escribir disertaciones para saber cómo se reemplazaba el senado.

te juego de palabras). Ella no se sostiene sino por las excepciones. *El Habeas Corpus* ha estado allí tantas veces y tan largo tiempo en suspenso, que se ha podido dudar si la excepcion se habia vuelto regla. Supongamos por un instante que los autores de esta famosa acta hubiesen pretendido fijar los casos en que pudiera suspenderse: ellos la habrían anulado de hecho.

VI. En la sesión de la cámara de los comunes á 26 de junio de 1807 un lord citó la autoridad de un gran político para fundar que *el rey no tiene derecho de disolver el Parlamento durante las sesiones*; mas esta opinión fué contradicha. ¿Dónde está la ley? pruébese á hacerla y á fijar exclusivamente *por escrito* el caso en que el rey haya de tener este derecho, y se causará una revolución. *El rey*, dijo entónces uno de los miembros, *tiene este derecho cuando la ocasion es importante*; mas cuál y cuándo es esta ocasion importante? Que se pruebe á decidirla por escrito.

VII. Pero véase una cosa mas singular todavía. Sabe todo el mundo la gran cuestion agitada con tanto ardor en Inglaterra el año de 1806. Se trataba de saber si la acumulacion

de un empleo de judicatura, á una plaza de miembro del consejo privado era ó no compatible con los principios de la constitucion inglesa? En la sesion de esta misma cámara de los comunes á 3 de marzo un miembro observó que la *Inglaterra se gobernaba por un cuerpo que la constitucion ignora. Solamente, añadió, lo deja obrar* (1).

Véase pues en esta sabia y justamente famosa Inglaterra, un cuerpo que gobierna, y que en verdad lo hace todo, mas *al que no conoce la constitucion.* Que se nos venga ahora á hablar de constituciones escritas y de leyes constitucionales hechas a priori. No se concibe cómo un hombre sensato pueda soñar la posibilidad de semejante quimera.

Si se intentase en Inglaterra una ley para dar existencia constitucional al consejo privado, y reglar despues y circunscribir rigorosamente sus privilegios con las precauciones necesarias para limitar su influjo é impedir los abusos de ella, se trastornaria el estado.

(1) Véase el London Chronicle 4 de marzo de 1806. Obsérvese que por comprender la palabra legislatura los tres poderes, se sigue de esta asercion, que aun el *Rey ignora el consejo privado*; cabe en ello su duda.

La verdadera constitucion inglesa es aquel espíritu público, admirable, único, infalible sobre todo elogio, que conduce todo, que conserva todo, que lo salva todo. Lo escrito es nada (1).

VIII. A fines del siglo último se gritó altamente contra un ministro que habia concebido el proyecto de introducir esta misma constitucion inglesa, (ó lo que se llama asi) en un reino en convulsion, que con una especie de furor pedía se le diese cualquiera. El erró, si así se quiere, tanto mas, que se puede errar aun estando de buena fe; lo que puede muy bien darse por supuesto, y yo creo de buena voluntad. Y ¿quién tenia derecho á condenarlo? *Vel duo, vel nemo.* No declaró que quisiese destruir nada por su opinion; decia que él solamente deseaba substituir una cosa que le parecia racional á otra que ya no se queria ni existia de hecho. Si ademas se supone como

(1) Esta constitucion turbulenta, dice Hume, siempre flotante entre la prerogativa y el privilegio, presenta una multitud de autoridades en pro y en contra. Hist. de Inglaterra. Jacques I. cap. 47 an. 1621. Hume, diciendo así la verdad no falta al respeto de su pais. Dice lo que es, y lo que debe ser.

admitido el principio, (y lo estaba en efecto) que el *hombre puede crear una constitucion*, este ministro, que ciertamente era un hombre, tenia derecho de hacer la suya, tanto como otro y mas que cualquiera otro. ¿Eran dudosas las doctrinas sobre este punto? ¿No se creia por todas partes que una constitucion es una obra de espíritu, como una tragedia, una oda? Tomas Payne ¡no habia declarado con una profundidad que embelataba á las universidades, que no es constitucion aquella que no puede meterse en la bolsa? El siglo décimo octavo, que no es dudoso en nada, ni ha dudado de nada, es la regla: yo no creo que ha producido un solo jóven de algun talento, que al salir de colegio no haya hecho tres cosas: una Neopedia, una Constitucion y un mundo. Si pues un hombre en la madurez de la edad y del talento, profundamente versado en las ciencias económicas y en la filosofia del tiempo, no hubiera emprendido mas que la segunda de estas cosas, yo entónces lo encontraria excesivamente moderado; pero confieso que me parece un verdadero prodigio de sabiduría y de modestia, cuando le veo poniendo (al ménos segun él creia) la experiencia en lugar de las locas

teorías, pedir respetuosamente una constitucion á los ingleses, y no hacerla él mismo. Se dirá: *Tampoco esto era posible*. Yo lo sé; mas él no lo sabia. Y ¡cómo lo habia de saber? Nómbrame al que se lo habia dicho.

IX. Cuanto mas se examine el juego de la accion humana en la formacion de las constituciones políticas, tanto mas demostrado se verá, que ella no influye allí sino de una manera infinitamente subalterna, ó como simple instrumento; ni yo creo que ya quede la menor duda sobre la incontestable verdad de las proposiciones siguientes.

1.^a Que las raices de todas las constituciones políticas existen ántes de toda ley escrita.

2.^a Que una ley constitucional no es ni puede ser mas que la declaracion ó la sancion de un derecho preexistente, y no escrito.

3.^a Que nunca es escrito, ni puede ser sin exponer el estado, aquello que hay en él de mas esencial, de mas intrinsecamente constitucional, y de mas fundamental.

4.^a Que la debilidad y fragilidad de una constitucion, son precisamente en razon de la

multiplicidad de artículos constitucionales escritos (1).

X. En esta materia nos engaña un sofisma tan natural, que enteramente se escapa á nuestra atención. Porque el hombre obra, créese que obra solo, y porque tiene el conocimiento experimental de su libertad, se olvida de su dependencia. En el orden físico se piensa mas en razón: aunque pueda, por ejemplo, sembrar una bellota, regarla &c., queda sin embargo capaz de convenir en que él no hace encinas, pues ve al árbol crecer sin que el poder humano intervenga; y sabe además que él no ha hecho las bellotas; pero en el orden social donde está presente y es agente, se avanza á creer que realmente es el autor *directo* de todo lo que se hace por medio de él. En cierto sentido es la lana que se creía arquitecto. El hombre es inteligente, es libre, es sublime: sin duda; pero no por eso es ménos un utensilio de Dios, segun la feliz expresion de Plutarco en un bello pasage, que por sí mismo

[1] Esto puede servir de comentario al célebre dicho de Tácito. *Pessimae Reipublicae plurimae leges.*

viene á colocarse aquí. „No hay que maravillarse, dice, si las cosas mas hermosas y mas grandes del mundo se hacen por la Providencia y la voluntad de Dios, atendiendo á que hay una alma en todas las principales y mayores partes del mundo, porque el órgano y utensilio del alma es el cuerpo, y el alma es el utensilio de Dios. Como el cuerpo tiene de suyo muchos movimientos, pero recibe del alma muchos mas y mas nobles; así tambien el alma hace algunas de sus operaciones movida por sí misma; y dejándose en otras á Dios que la maneja, la endereza, ó la voltea á su voluntad, siendo ella el órgano mas bello y el utensilio mas proporcionado que puede haber; porque sería cosa extraña que el viento, el agua, las nubes y las lluvias fuesen instrumentos con que Dios alimenta y mantiene muchas criaturas, pierde y deshace otras varias, y que absolutamente no se sirviese de los animales para ninguna de sus obras. Así es muy verosímil, respecto á que ellos dependen totalmente del poder de Dios, y que ellos en todos los movimientos sirven y cumplen las voluntades de Dios con mas propiedad que los arcos se acomodan á los Scitas, las liras á los Grie-

gos, y lo mismo los oboes (1).» No se puede decir mejor, ni creo que en parte alguna puedan hallar estas bellas reflexiones una aplicación más exacta que en las constituciones políticas donde puede decirse que el hombre lo hace todo, y no hace nada.

XI. Es cosa muy sabida la comparación de Ciceron al hablar sobre el sistema de Epicuro, quien pretendia fabricar un mundo con algunos átomos que cayeran á la buena ventura en el vacío. Antes se me haria creer, dice el Orador grande, que las letras arrojadas al aire podrían coordinarse al caer, de manera que formasen un poema.

Millares de bocas han repetido y celebrado este pensamiento; no veo, con todo eso, que nadie haya intentado darle la perfección que le falta. Supongamos que muchos caracteres de imprenta tirados á manos llenas desde lo alto de una torre llegan á formar en tierra la Atalía de Racine, ¿qué resultará entonces? Que una inteligencia ha dirigido la coordinación de los caracteres: el buen sentido no concluirá jamás de otra suerte.

(1) Plutarque, Banquet, Des. sept. sages. Trad. de Amyot.

XII. Consideremos ahora cualquiera constitución política, por ejemplo la de Inglaterra. Por cierto que no ha sido hecha *a priori*. Nunca se reunieron los políticos y dijeron: *Establezcamos los tres poderes: equilibrémoslos de tal manera, &c.* Nadie pensó en tal cosa. La constitución es la obra de las circunstancias, y el número de estas circunstancias es infinito. Las leyes romanas, las eclesiásticas y las feudales, las costumbres de los Sajones, Normandos y Dinamarqueses, los privilegios, las rebeliones y revoluciones, las conquistas, las cruzadas; todas las virtudes, todos los vicios, todos los conocimientos, todos los errores, todas las pasiones: todos estos elementos en fin, obrando juntamente y formando con su mezcla y su acción recíproca combinaciones multiplicadas por millares de millones, produjeron por último, después de muchos siglos, la unidad más complicada y el más bello equilibrio de fuerzas políticas que jamás ha visto el mundo (1).

(1) Tácito creyó que esta forma de gobierno no sería jamás sino una teoría ideal ó una experiencia pasajera. „El mejor de todos los gobiernos, dice el mismo con Ciceron, como se sabe, sería aquel que re-

XIII. Ahora bien: pues que estos elementos desparramados en el espacio, se han colocado en tal bello orden, sin que entre la innumerable multitud de hombres que han obrado en este vasto campo, jamás uno solo haya sabido lo que él hacía con relacion al todo, ni tampoco previsto lo que debía suceder, resulta claro, que estos elementos eran guiados en su caída por una mano infalible superior al hombre. La mayor locura acaso, del siglo de las locuras, ha sido la de creer que las leyes fundamentales podrian ser escritas *a priori*, cuando evidentemente son obra de una fuerza superior al hombre, y cuando la escritura, que es de invencion muy posterior respecto de ellas, es el mayor signo de su nulidad.

XIV. Es muy oportuno observar que Dios „sultase de la mezcla de los tres poderes, balanceado „uno con el otro; pero este gobierno no existirá nunca y si tal vez aparece, durará muy poco.” *Annal.* n. 433. Sin embargo, el buen juicio ingles puede hacerlo durar un tiempo mucho mas largo que se pudiera imaginar, subordinando incesantemente ya mas, ya menos, la teoria ó lo que se denomina principios, á las lecciones de la experiencia y de la moderacion, lo que seria imposible si los principios estuviesen escritos.

mismo al hablar á los hombres manifestó estas verdades en las dos revelaciones que tenemos de su bondad. Un hombre muy hábil, que á mi parecer ha hecho una especie de época en nuestro siglo, por razon del combate á muerte que nos presenta en sus escritos, entre las preocupaciones del siglo, de secta, de hábito, &c., y las intenciones mas rectas, los afectos del corazon mas puros, y los conocimientos mas preciosos: este hombre hábil, digo, ha decidido: „Que toda instruccion venida de Dios, „ó siquiera dada por sus órdenes, debe cerciorar previamente á los hombres de la existencia de este ser.” Precisamente es lo contrario, porque el carácter principal de esta instruccion es el de no revelar directamente ni la existencia de Dios, ni sus atributos, sino suponerlo todo conocido anteriormente sin que se sepa cómo ni por qué. Así que ella no dice: No hay, ó tú no adorarás sino un solo Dios eterno, omnipotente, &c.; sino que dice (y esta es su primera palabra): *En el principio crió Dios, &c.*; con lo que supone que el dogma era conocido desde ántes que fuese escrito.

XV. Pasemos al cristianismo, el cual es la mayor de todas las instituciones imaginables,

puesto que es toda divina y hecha para todos los hombres y para todos los siglos (1). Siempre la encontraremos sometida á la ley general. Su Divino Autor era ciertamente árbitro para escribir él mismo ó hacer escribir; pero no hizo ni lo uno ni lo otro, á lo ménos en forma legislativa. *El Nuevo Testamento*, posterior á la muerte del Legislador, y aun al establecimiento de la Religión, presenta una narración con instrucciones, órdenes, amenazas, &c., pero de ningún modo una recopilación de dogmas enunciados en forma imperativa. Los Evangelistas al repetir aquella última cena en que Dios nos amó hasta el fin, tuvieron una buena ocasión de dar órdenes por escrito á nuestra creencia; con todo eso, se abstienen de declarar, ni ordenar nada. Es verdad que en su admirable historia se lee: *Id: enseñad*; pero de ninguna manera: *Enseñad esto ó aquello*. Si el dogma se ofrece á la pluma del Historiador sagrado, lo enuncia con sencillez, como una cosa conocida anteriormente (2). Los Símbolos que aparecieron des-

(1) *Illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* Joan. 1.

(2) Es muy notable que los Evangelistas mismos

pues, son profesiones de fé para reconocerse ó para contradecir los errores del momento; en ellos se lee: *Nosotros creemos*; pero nunca *vosotros creéis*. Los rezamos privadamente: los cantamos en el templo al son del órgano y de la lira (1) como oraciones verdaderas, porque son fórmulas de sumisión, de confianza y de fe dirigidas á Dios, y no ordenanzas intimadas á los hombres.

De buena gana vería yo la confesión de Augsburg, ó los treinta y nueve artículos puestos en música. Sería denoso (2).

no tomara la pluma sino ya tarde, y principalmente para contradecir algunas historias falsas publicadas en su tiempo. Igualmente las Epístolas canónicas nacieron de causas accidentales: el escribir no entro jamás en el plan primitivo de los fundadores. Mill, aunque protestante, lo reconoció expresamente. *Proleg. in Nov. Testam.* p. 1. n. 65. Y Hobbes habia hecho antes la misma observación en Inglaterra. *Hobb. Tripos, in Three Discours. Disc. the. 3. p. 265 in 8.º*

(1) *Chordis et organo.* Ps. cl. 4.

(2) La razón únicamente puede hablar. El amor es quien *canta*; y vease aquí por qué cantamos nuestros Símbolos, porque nuestra fe no es sino una *creencia por amor*: ella no reside solamente en el entendimiento, también penetra y se arraiga en la voluntad.

Muy léjos de que los primeros Símbolos contuvieran la enunciación *de todos* nuestros dogmas, los cristianos de entónces habrían visto como un crimen que los enunciaran *todos*. Sucede lo mismo respecto de las Santas Escrituras: nunca hubo una idea mas crasa que la de buscar en ellas la totalidad de los dogmas cristianos. En aquellos escritos no hay una línea que declare, que siquiera deje divisar el proyecto de hacer allí un código ó una declaración dogmática de todos los artículos de fe.

XVI. Aun hay mas: si un pueblo posee alguno de estos códigos de creencia, se pueden asegurar tres cosas.

- 1.^a Que la religion de este pueblo es falsa.
- 2.^a Que ha escrito su código religioso en un exceso de fiebre.
- 3.^a Que á poco se hará burla de él, aun en esta misma nacion, y que no puede tener fuerza ni permanencia. Tales son por

Un teólogo filósofo dijo con mucha verdad y destreza: *Hay mucha diferencia entre el creer, y juzgar que se debe creer.* Aliud est credere, aliud judicare esse credendum. Leon. Lessio. Opusc. de Prædestinatione.

ejemplo, aquellos *famosos artículos* que se suscriben mas que se léen, y que se léen mas que se creen (1). Este catálogo de dogmas no solamente es contado por nada, ó casi nada en el pais que los vió nacer, sino que tambien es evidente, aun para el observador extranjero, que los autores ilustres de esta hoja de papel estan muy atollados con ella. En gran manera querrian desaparecerla, porque impacienta al buen sentido nacional que el tiempo ha esclarecido, y porque le recuerda un origen desdichado; pero *la constitucion está escrita*.

XVII. Los ingleses mismos, sin duda que nunca habrían exigido la gran carta, si los privilegios de la nacion no hubieran sido violados; mas tampoco nunca la habrían exigido si los privilegios no hubiesen existido ántes de la carta. En la Iglesia es lo mismo que en el estado: si jamas hubiera sido atacado el cristianismo, jamas él habria escrito para fijar el dogma; en la misma conformidad el dogma no se ha fijado por escrito, sino porque existia anteriormente en su estado natural, que es el de *palabra*.

(1) Gibbon en sus Memoires t. 1, chap. 6 de la traducc. frances.

Los verdaderos autores del Concilio de Trento fueron los dos grandes novadores del siglo XVI (1). Sus discípulos ya mas sosegados nos han propuesto borrar esta ley fundamental, porque contiene algunas palabras difíciles para ellos, y han procurado tentarnos, manifestando como posible á este precio una reunion, la cual en lugar de hacernos amigos, nos haria cómplices; pero tal demanda no es ni teológica ni física.

Estas palabras que los molestan, ellos mismos las trajeron en otro tiempo al lenguaje religioso. Descamos que aprendan ahora á pronunciarlas. La fé, si la opinion sofística no la hubiera forzado nunca á escribir, seria mil veces mas angelical. Ella lamenta unas decisiones que le arrancó la rebelion, y que siempre fueron desgracias; pues todas suponen la duda ó el ataque, y no pudieron nacer sino en medio de las conmociones mas peligrosas. El estado de guerra levantó estas murallas venerables en contorno de la verdad. Ellas la defienden ciertamente, pero tambien

(1) Se puede hacer la misma observacion subiendo hasta Arrio. La Iglesia nunca ha solicitado escribir: siempre se la ha forzado á hacerlo.

la ocultan: la hacen inexpugnable, mas por lo mismo ménos accesible. ¡Ah! no es esto lo que ella pide, ella que quisiera estrechar en sus brazos á todo el género humano!

XVIII. He hablado del cristianismo como sistema de creencia: voy ahora á considerarlo como soberanía en la asociacion mas numerosa. Ella es monárquica, como sabe todo el mundo, y así debia ser; pues la monarquía por la naturaleza misma de las cosas se hace mas necesaria á proporcion que la sociedad comparezca mas numerosa.

No se ha echado en olvido que una boca impura se hizo no obstante aprobar en nuestros dias cuando dijo: *Que la Francia era geográficamente monarquía.* Seria en efecto difícil expresar mas felizmente una verdad tan incontestable. Pero si la extension de la Francia refuta por sí sola la idea de toda otra especie de gobierno, con mayor razon esta soberanía, que por la esencia misma de su constitucion tendrá siempre súbditos sobre todos los puntos del globo, no puede ménos de ser monárquica, y en ello la experiencia está conforme con la teoria. Establecido esto, ¿quién no creará que una semejante monarquía se ha-

lla mas rigurosamente determinada y circums-
crita por la prerogativa de su gefe? Pues su-
cede todo lo contrario. Léanse los innume-
rables volumenes producidos por la guerra de
los de fuera, y aun por una especie de guerra
civil que tiene sus ventajas y sus inconvenien-
tes; léanse, y se verá que todos ellos no estan
mas que hechos; y sobre todo es una cosa muy
digna de considerarse que el tribunal supremo
constantemente haya dejado disputar sobre la
cuestion que se presenta á todos los espiritus
como la mas fundamental de la constitucion,
sin haber querido nunca decidirla por una ley
formal; y asi debió ser, si no me engaño de-
masiado, en razon precisamente de la impor-
tancia fundamental de la cuestion (1). Algu-
nos hombres sin mision, y que fueron temera-
rios porque eran débiles, intentaron decidirla
en 1682 á despecho de un grande hombre; lo
que fué una de las mas solemnes impruden-

(1) No sé si los ingleses han advertido que el mas
docto, y mas ardiente defensor de la monarquia de
que se trata aqui, intitula así uno de sus capítulos:
*Que la monarquía mixta, mezclada de aristocracia y
democracia, es mejor que la monarquía pura.* Bellarm.
de Sum. Pontif. c. 3. No tan mal para fanático.

cias que jamas se han cometido en el mundo.
El monumento que nos ha quedado de ello, es
sin duda condenable en todas sus relaciones;
pero sobre todo por un aspecto que no ha sido
bien observado, y que principalmente presenta
el flanco á una crítica iluminada. La fa-
mosa declaracion osó decidir por escrito, y sin
necesidad aun aparente (lo que hace enorme
la culpa) una cuestion que por siempre debió
dejarse encomendada á una cierta sabiduría
práctica, que fuese esclarecida por la concien-
cia universal.

Este punto de vista es el único que dice re-
lacion con el designio de esta obra; pero es
muy digno de las meditaciones de todo espí-
ritu exacto y de todo corazon recto.

XIX. Estas ideas no son extrañas, si se to-
man en su generalidad, á los filósofos antiguos.
Ellos advirtieron bien la debilidad, y aun la ca-
si nada de lo escrito en las grandes institucio-
nes; pero nadie vió mejor, ni expresó mejor
esta verdad que Platon, á quien se encuentra
siempre el primero en el camino de todas las
grandes verdades. Desde luego segun él: „Un
„hombre que deba toda su instruccion á lo es-
„crito nunca tendrá mas que la apariencia de

„sabiduría (1). La palabra, añade, es á la escritura lo que un hombre es á su retrato. Las producciones de la escritura se presentan como vivas á nuestros ojos; pero *si se les pregunta, guardan silencio con dignidad.* Acaece lo mismo con la escritura, que *no sabe lo que ha de decir á un hombre, ni lo que ha de ocultar á otro.* Si se la ataca, ó se la insulta sin razon, no puede defenderse; *porque nunca está allí su padre para sostenerla.* De manera que quien imagina poder fundar con lo escrito solo cualquiera doctrina clara y constante, es un gran mentecato (2). Si posee realmente las semillas de la verdad, se guardará bien de creer que con un poco de licor negro y una pluma podrá hacerlas brotar por todo el mundo, defenderlas contra la inclemencia de las estaciones, y comunicarles la eficacia necesaria. En cuanto al que emprende escribir leyes ó constituciones civiles, y se figura que con haberlas escrito ya pudo darles la eviden-

(1) Plato, in Phaed. Opp. t. 10, edit. Bipont. pag. 381

(2) Palabra por palabra del original: Se pasa de necio, se cae de tonto. Cuide cada uno en su país de que esta especie de plétora no se haga endémica.

cia y sutileza convenientes, cualquiera que pueda ser este hombre, particular ó legislador, dígaselo, ó no se le diga, quedará desacreditado; porque con lo mismo prueba que no sabe distinguir entre la inspiracion y el delirio, ni lo justo de lo injusto, ni el bien ni el mal: cuando es así que tal ignorancia es una ignominia aunque todo el mundo le prodigue aplausos.

XX. Despues de haber oido á la sabiduría de las naciones, pienso que no será inútil escuchar tambien á la filosofia cristiana.

Deberia sin duda desearse, dijo el mas elocuente de los padres griegos (1), que jamas hubiésemos tenido necesidad de escribir, y que los preceptos divinos no estuvieran mas que por la gracia en nuestros corazones, como lo estan por la tinta en nuestros libros; y pues hemos perdido esta gracia por nuestra culpa, cojamos, porque nos precisa, *una tabla en lugar del navio,* sin olvidar, no obstante, la superioridad del primer estado. Nunca reveló Dios nada á los escogidos del Antiguo Testamento: siempre les hablaba directamente, por-

(1) Homil. in Math. l. 1.

que veía la pureza de su corazón; pero hubo necesidad de libros y de leyes después que el pueblo hebreo se precipitó en el abismo de los vicios. La misma conducta se repitió bajo el imperio de la nueva revelación, porque el Cristo no dejó ni un solo escrito á sus apóstoles. En lugar de libros les prometió al Espíritu Santo. El será, les dijo, quien os inspire lo que debais hacer. Pero después fué necesario venir á los libros, porque en la serie de los siglos algunos hombres culpables se rebelaron contra los dogmas, y contra la moral."

XXI. Toda la verdad se halla reunida en estas dos autoridades. Ellas muestran la profunda imbecilidad (es permitido hablar como Platón, que nunca enfada) la profunda imbecilidad, digo, de estas pobres gentes, quienes imaginan que los legisladores son algunos hombres (1), que las leyes son de papel, y que se

(1) Entre una multitud de admirables rasgos que relumbran en los Salmos de David, yo distingó el siguiente: *Constitu, Domine, legislatorem super eos, ut sciant gentes quoniam homines sunt.* Esto es: Pon, Señor, un legislador sobre sus cabezas, á fin de que sepan que son hombres. Psalm. ix. 21. Es una palabra bien expresiva. ¡Hombres débiles y miserables!

puede constituir una nación *con tinta*. Ellas al contrario manifiestan que la escritura es constantemente un signo de debilidad, de ignorancia ó de peligro, que se escribe ménos cuanto mas perfecta es una constitución; de manera que por ser ciertamente divina, nada absolutamente escribió al establecerse, para hacernos así conocer que toda ley escrita no es mas que un mal necesario producido por la fragilidad ó malicia humana, y que ella totalmente es nada si no ha recibido una sanción anterior y no escrita.

XXII. Aquí es donde se debe lamentar el paralogismo fundamental de un sistema que tan desgraciadamente ha dividido la Europa. Los partidarios de este sistema dijeron: Nosotros no creemos mas que á la palabra de Dios: ¡qué abuso de las palabras! ¡qué extraña y funesta ignorancia de las cosas divinas! Nosotros los católicos somos los únicos que creemos á la palabra mientras que nuestros caros enemigos se obstinan en no creer sino á la escritura, como si Dios hubiera podido ó querido mudar la naturaleza de las cosas de que es autor, y comunicar á la escritura la vida y eficacia que no tiene. ¿La Escritura Santa no

es un escrito? ¿No ha sido delineada con una pluma y un poco de licor negro? ¿Sabe ella lo que ha de decir á un hombre, y lo que ha de ocultar á otro? Leibnitz y su criada no leían unas mismas palabras? ¿Esta Escritura puede ser otra cosa que el retrato del Verbo? Y aunque infinitamente respetable por este aspecto, si se llega á preguntarle, ¿no es preciso que guarde un *silencio divino*? Si se la ataca ó se la insulta, *podrá ella defenderse en ausencia de su padre!* ¡Gloria sea á la verdad! Si la *palabra* eternamente viva no vivifica la escritura, ella jamas comparecerá *palabra*, esto es, vida; invoquen otros cuanto quieran la *palabra muda*: nosotros nos reiremos de este *Dios falso*: esperando siempre con una terna impaciencia el momento en que sus desengañados partidarios se echen en nuestros brazos abiertos ya casi tres siglos.

XXIII. Todo buen espíritu acabará de convencerse en este punto por poco que quiera reflexionar sobre un axioma que igualmente da golpe por su importancia y por su universalidad. Tal es: NADA GRANDE TIENE PRINCIPIO GRANDE. En la historia de todos los siglos no se hallará una sola excepcion á esta ley:

Crescit occulto velut arbor aevó; esta es la divisa eterna de toda grande institucion, y de ahí viene que toda institucion que flaquea escribe mucho, porque siente su debilidad y busca donde arrimarse. De una verdad que acabó de enunciar resulta la inalterable consecuencia que ninguna institucion grande y efectiva puede ser fundada sobre una ley escrita; pues que los hombres mismos, instrumentos sucesivos del establecimiento, ignoran lo que él vendrá á ser, y por qué el incremento insensible es la señal cierta de la duracion en todos los órdenes posibles de cosas. Un ejemplo admirable de este género se encuentra en la potestad de los soberanos pontífices, que no intento considerar aquí de un modo dogmático. Gran multitud de sabios escritores han hecho en el siglo XVI una prodigiosa ostentacion de literatura para fundar, subiendo hasta la cuna del cristianismo, que los obispos de Roma no eran en los primeros siglos lo que fueron despues, suponiendo tambien, como punto convenido, que es abuso todo lo que no se halle en los tiempos primitivos. Mas yo sin el menor espíritu de contienda, y sin ánimo de zaherir á nadie, les digo que muestran en esto tanta fi-

lososia, y un saber tan verdadero, como si exigieran á un niño en mantillas las mismas dimensiones de un hombre ya hecho. La soberanía de que hablo en este momento, nació como las otras, y creció como las otras. Causa lástima ver talentos excelentes atormentarse para probar por la infancia, que la edad viril es un abuso; al paso que es absurdo y de primera clase, es una verdadera contradicción lógica el que una institución cualquiera sea ya adulta al tiempo mismo de nacer. Si los enemigos ilustrados y generosos de esta potestad (y ciertamente que tiene muchos de esta clase), examinan la cuestión bajo este punto de vista, como se les ruega amorosamente, no dudo que todas estas objeciones sacadas de la antigüedad desaparezcan de sus ojos como el humo.

Cuanto á los abusos, no debo ocuparme aquí de ellos; y pues se halla esta materia bajo mi pluma, solamente diré que hay mucho que rebajar de las declamaciones que el siglo último nos ha hecho leer sobre el asunto.

Vendrá un tiempo en que los papas, contra los que mas se ha clamorado, tales como Gregorio VII por ejemplo, serán considerados en todos los países como los amigos, los tuto-

res, los libertadores del género humano: como los verdaderos constituyentes de la Europa.

Nadie dudará de ello luego que los sabios franceses sean cristianos, y luego que los sabios ingleses sean católicos; lo que á pesar de todo ha de suceder algun día.

XXIV. ¿Pero con qué palabras penetrantes podríamos ahora hacernos entender de un siglo infatuado por lo escrito, y ofuscado con la palabra hasta el punto de creer que los hombres pueden crear constituciones, lenguas, y hasta soberanías! ¿De un siglo para el cual todas las realidades son falacias, y todas las falacias realidades; que no ve ni aun lo que pasa delante de sus ojos, que se harta de libros, y va á buscar lecciones equivocadas en Tucídides y Tito Livio, cerrando enteramente los ojos á la verdad que reluce en las gacetas de tiempo?

Si los votos de un simple mortal fueran poderosos para alcanzar de la Providencia uno de aquellos decretos memorables que forman las grandes épocas de la historia; yo le rogaría que á aquella nación poderosa, la cual le hubiese ofendido gravemente, inspirara el activo pensamiento de constituirse ella misma

políticamente, comenzando por las bases. Y si á pesar de mi indignacion me fuese permitida la familiaridad antigua de un Patriarca, yo diria: Concededle todo; dadle el espíritu, el saber, la riqueza, el valor, sobre todo, una confianza ilimitada en sí misma, con un genio amañado y emprendedor. sin que se embarace ni se arredre con nada: extingue su antiguo gobierno: quitale su memoria: mata sus aficiones: difunde ademas en derredor de ella el terror: ciega ó petrifica á sus enemigos: manda á la victoria que vigile sin cesar sobre todas sus fronteras, de suerte que ninguno de sus vecinos pueda mezclarse en sus negocios, ni perturbarla en sus operaciones: que esta nacion sea esclarecida en las ciencias, rica en filosofía, embriagada de humano poder, libre de toda preocupacion, de todo vínculo, de todo influjo superior: dadle todo lo que ella deseare, por tal de que no pueda decir algun dia: *Esto me faltó; ó esto me retardó*: por último que obre libremente con esta inmensidad de medios, á fin de que bajo tu inexorable proteccion resulte una leccion eterna para el género humano.

XXV. Sin duda que no se puede esperar

una reunion de tales circunstancias, que seria milagro al pié de la letra; pero algunos sucesos del mismo orden, aunque ménos notables, se presentan por aquí y por allí en la historia, aun en la de nuestros dias; y dado que no tengan para el ejemplo la fuerza ideal que yo desearia ahora, no por eso dejan de encerrar grandes instrucciones.

Ha ménos de veinte y cinco años que hemos sido testigos del magnífico esfuerzo hecho para regenerar una gran nacion mortalmente enferma. Aquel era el primer ensayo de la grande obra, y el *prefacio*, si puede decirse así, del espantoso libro que se nos ha hecho leer despues. Se tomaron todas las precauciones: los sabios del pais creyeron que hasta debian consultar á la divinidad moderna en su santuario extranjero. Se escribió á Delfos, y dos pontífices famosos respondieron solemnemente (1). Los oráculos que pronunciaron en esta ocasion, no fueron, como otras veces, leves hojas, juguetes de los vientos. Están encuadernados.

.... *Quidque haec Sapiencia possit,*

Tunc patuit....

[1] Rousseau y Mably.

.... Por lo demas es justicia confesarlo; en aquello que la nacion no debe sino á su buen juicio, hay cosas que todavia pueden admirarse. Todas las razones de conveniencia se reunian sin duda sobre la cabeza sabia y augusta llamada á tomar las riendas del gobierno: los principales interesados en la continuacion de las leyes antiguas hacian voluntariamente un muy costoso sacrificio al público, y para fortalecer la autoridad suprema se prestaban á mudar un epíteto de la soberanía; pero ¡ay! toda la sabiduría humana no alcanzó, y la muerte acabó con todo.

XXVI. Diráse: Pero nosotros conocemos las causas que frustraron la empresa. ¿Cómo así? ¿Se pretende que Dios envíe ángeles en forma humana para desgarrar una constitucion? Siempre será necesario emplear las causas segundas: ora sea esta, ora aquella, ¿qué importa? Todos los instrumentos son buenos en las manos del Gran Artífice; pero la ceguedad de los hombres es tal, que si mañana algunos empresarios de constituciones vienen á organizar á un pueblo y constituirlo *con un poco de licor negro*, todavia la multitud se apresurará á creerlo. Se dirá de nuevo: *Nada ha falta*.

do; todo se ha previsto: todo está escrito; al paso que precisamente por haberse todo previsto, discutido y escrito, es por lo que se demuestra que la constitucion es nula, y no presenta á la vista mas que una apariencia efimera.

XXVII. Creo haber leído en cierta parte *que hay pocas soberanías que puedan comprobar la legitimidad de su origen.* Admitimos como exacta la asercion, que no por eso resultará la menor mácula á los sucesores de un gefe, no obstante que los actos de este pudieran ofrecer algunas dificultades: la nube que envolvese mas ó ménos el origen de su autoridad, no pasaria de un inconveniente; lo que es consecuencia necesaria de una ley del mundo moral. A ser de otra manera, se seguiria que el soberano no puede reinar legitimamente sino en virtud de una deliberacion de todo el pueblo, es decir, *por la gracia del pueblo*; lo que no sucederá jamas; porque nada hay tan cierto como lo que dice el autor de las Consideraciones sobre la Francia (1), *que el pueblo aceptará siempre á sus señores, y nunca los elegirá.* Es siempre necesario

(1) Chap. 9. pag. 161.

que el origen de la soberanía se manifieste mas allá de la esfera del poder humano, de suerte que los hombres mismos que parezcan influir en ella directamente, no sean sin embargo mas que circunstancias. Acerca de la legitimidad, si ella puede parecer ambigua en su principio, Dios se explica por su primer ministro del departamento de este mundo, el *Tiempo*. Es verdad, no obstante, que ciertos presagios contemporáneos engañan poco cuando se logra la proporción de examinarlos. Una descripción mas menuda de esto demanda una obra.

XXVIII. Todo pues nos hace volver á la regla general. *El hombre no puede hacer una constitucion: y ninguna constitucion legitima podrá ser escrita.* Jamas se ha escrito, jamas se escribirá a priori la recopilacion de las leyes fundamentales que deben constituir una sociedad civil ó religiosa. Solo cuando la sociedad está ya constituida sin que se pueda decir cómo, es cuando se pueden declarar ó explicar por escrito ciertos artículos particulares; pero estas declaraciones son casi siempre el efecto ó la causa de grandísimos males, y siempre cuestan á los pueblos mas de lo que ellas valen.

XXIX. A esta regla general, *que ninguna constitucion puede ser escrita ni hecha á priori*, no se le conoce mas que una sola excepcion, y es la legislacion de Moises. Sola ella fué colocada, por decirlo así, como una estatua, y escrita hasta en sus menores detalles por un hombre prodigioso, que dijo: *Fiat*; sin que nunca su obra haya tenido necesidad de ser corregida, adicionada, ó modificada por él ni por otros: ella sola ha podido sobreponerse al tiempo, porque ella sola no le debía nada, ni esperaba de él nada: ella sola ha vivido mil y quinientos años, y aun habiendo pasado sobre ella otros diez y ocho siglos, despues del gran anatema que la consternó en el dia señalado, la vemos viva, con una nueva vida, estrechar todavía, con no sé qué vínculo misterioso sin nombre humano, las diferentes familias de un pueblo que vive disperso pero no desunido; de manera que él, como la atraccion, y por un poder semejante, obra á distancia, y forma un todo de partes que no estan en contacto. Tambien esta legislacion sale evidentemente para toda conciencia inteligente del circulo demarcado en contorno del poder humano. Excepcion magnífica á una ley general, la cual por

no haber cedido mas que una vez y solo á su autor, demuestra por sí sola la mision divina del gran Legislador de los hebreos, mucho mejor que todo el libro de aquel prelado ingles, quien con la cabeza mas fuerte y una inmensa erudicion, tuvo no obstante la desgracia de apoyar una gran verdad sobre el paralogismo mas miserable.

XXX. Pero siendo divina en su principio toda constitucion, se deduce que el hombre no puede nada en esta materia, á ménos que se funde en Dios, de quien resulta entónces instrumento (1). „Y esta verdad es tal, que el género humano en cuerpo no ha cesado de prestarle el testimonio mas brillante. Abramos la historia, que es la política experimental, y en ella verémos constantemente la cuna de las naciones rodeada de sacerdotes, y la Divinidad llamada siempre al socorro de la debilidad humana (2). La fábula, mucho mas verdadera

(1) Se puede generalizar el aserto, y pronunciar sin excepcion, *Qua ninguna institucion, cualquiera que sea, puede durar, si no está fundada sobre la Religion.*

(2) Platon en un trozo admirable y totalmente mosaico, habla de un tiempo primitivo, en que Dios

que la historia antigua para ojos iluminados, concurre tambien á reforzar la demostracion. Un oráculo es siempre el que funda las ciudades: siempre un oráculo anuncia la proteccion divina y la prosperidad del héroe fundador. Los reyes sobre todo, como gefes de los imperios nacies, son constantemente designados y casi marcados por el cielo de alguna manera extraordinaria (1). ¡Cuántos hombres

habia confiado el establecimiento y gobierno de los imperios, no á los hombres, sino á los genios: despues, hablando de la dificultad de crear constituciones duraderas, agrega: „Es verdad tambien que si Dios no ha presidido al establecimiento de una ciudad, y que si no ha habido allí mas que un principio humano, no podrá librarse de los mayores males. Débese pues tratar de imitar el régimen primitivo por todos los medios imaginables; y nosotros confiando en lo inmortal que hay en el hombre, debemos fundar las casas así como los estados, consagrando como leyes las voluntades de la inteligencia (suprema). Si un estado, cualquiera que sea su forma, está fundado sobre los vicios, y dirigido por gentes que conculcan la justicia, ya no le queda modo de salvarse. Plat. de Leg. tom. VIII. edit. Bipont. pág. 180.

(1) Se ha hecho grande uso en la controversia de la famosa regla de Ricardo de S. Victor: *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.* Esta regla es

ligeros han ridiculizado la *Santa Ampolla* sin pensar en que Santa Ampolla es un gergolífico, y ya no se necesita mas que saber leer (1)!

XXXI. La consagracion de los reyes viene de la misma raiz. Jamas ha habido ceremonia, ó por decir mejor, una profesion de fé mas significativa y mas respetable. Siempre el dedo del pontifice ha tocado la frente de la soberanía que empezaba. Los muchos escritores que no han visto en estos ritos augustos mas que miras ambiciosas, y aun el convenio expreso de la supersticion y tiranía, hablaron contra la verdad, y casi todos contra su con-

general y puede á mi juicio aplicarse así: *Toda creencia universal es verdadera; y siempre que separando de cualquiera creencia algunos artículos peculiares de diferentes naciones quede alguna cosa comun á todos, este resto es una verdad.*

(1) De toda religion por la naturaleza misma de las cosas, brota una mitología que se le parece. La de la Religion cristiana es por esta razon siempre casta, siempre útil, y siempre sublime, sin que (por un privilegio particular) sea nunca posible confundirla con la religion; de manera que ninguna alegoría cristiana puede perjudicar, y frecuentemente merece toda la atencion de un observador.

ciencia. Esta materia merecia ser examinada. A veces los soberanos buscaron á la consagracion, y á veces la consagracion buscó á los soberanos. Algunos se vieron repugnar la consagracion como una señal de dependencia. Conocemos hechos suficientes para considerarnos en estado de juzgar con bastante discrecion; pero seria necesario distinguir cuidadosamente los hombres, los tiempos, las naciones y los cultos. Por ahora basta insistir sobre la opinión general y perpetua que recurre á la potestad divina para el establecimiento de los imperios.

XXXII. Las naciones mas famosas de la antigüedad, mayormente las mas grandes y mas sabias, tales como los Egipcios, los Etruscos, los Lacedemonios y los Romanos, eran puntualmente los que tenian las constituciones mas religiosas; y la duracion de los imperios siempre ha sido proporcionada al grado de influencia que el principio religioso habia adquirido en la constitucion política.

XXXIII. Nunca las naciones han sido civilizadas sino por la religion: nunca se ha conocido otro instrumento que tenga alcance para el salvaje. Sin recurrir á la antigüedad, que

es muy decisiva sobre este punto, nosotros vemos una prueba sensible de ello en la América. Tres siglos ha que estamos allá con nuestras leyes, nuestras artes, nuestras ciencias, nuestra civilización, nuestro comercio y nuestro lujo. ¿Qué hemos adelantado acerca de la mejora del salvaje? Nada. Destruimos á estos infelices con el hierro y el aguardiente: los empujamos insensiblemente á lo interior de los desiertos, hasta que al fin desaparezcan del todo; tan víctimas de nuestros vicios, como de nuestra cruel superioridad.

XXXIV. ¿Qué filósofo ha imaginado nunca dejar su patria y sus placeres por irse á las selvas de América en busca de salvajes para disgustarlos de los vicios de la barbarie y darles una moral (1)? Ellos lo han hecho mucho mejor: han compuesto bellos libros para probar que el salvaje era el hombre *natural*, y que no podíamos desear cosa mas feliz que parecer.

(1) En verdad que Condorcet nos habia prometido que los filósofos se iban ya á encargar de la civilización y de la felicidad de las naciones bárbaras. *Esquiss d'un tabl. hist. des progrès. de l'esprit humain* in 8.º pag. 335. Esperamos que sea de su agrado comenzar.

nosles. Condorcet habia dicho: *Que los misioneros no han llevado al Asia y América mas que vergonzosas supersticiones* (1). Rousseau dijo, con una reduplicacion de locura ciertamente incomprensible, que *los misioneros casi no parecian mas sabios que los conquistadores* (2). En fin, su corifeo tuvo descaro (pero ¿qué tenia él que perder!) para derramar el ridiculo mas grosero sobre estos conquistadores patéticos que la antigüedad habria divinizado (3).

XXXV. Ellos son, á pesar de todo, son los

(1) Ibid.

(2) Lettr. al Archevêq. de Paris.

(3) Ay amigos! ¿Por qué no os quedásteis en vuestra patria? vosotros no habríais encontrado ya diablos, pero habríais hallado otras tantas tonterías. Voltaire. *Essay. sur les mœurs et l'esprit* &c. Introd. de la magie.

Búsqnese por todas partes, y no se podrá hallar mas falta de razon, mas indecencia, y mas tambien de mal gusto. No obstante, este libro en que pocos capítulos estan exentos de rasgos semejantes, es la garrambaina fanfarrona, que los entusiastas modernos no han temido denominar monumento del espíritu humano; sin duda; como la capilla de Versalles y las pinturas de Boucher.

misioneros quienes han obrado esta maravilla tan superior á las fuerzas y aun á la voluntad humana. Solo ellos han recorrido de un cabo al otro el vasto continente de la América para formar allí hombres. Ellos solos han hecho lo que la política ni aun habria osado imaginar. Pero nada en este género iguala á las misiones del Paraguay: allí es donde se ha visto mas característica y mas bien expresada la autoridad y poder de la religion para civilizar á los hombres. Se ha ensalzado este prodigio, mas no lo bastante: el espíritu del siglo XVIII y otro espíritu, su cómplice, tuvieron fuerzas para sofocar en parte la voz de la justicia, y tambien la de la admiracion. Acaso algun dia (porque es de esperar sean reasumidos estos grandes y nobles trabajos) en el seno de una ciudad opulenta sentada sobre una antigua sabana, el padre de estos misioneros tendrá una estatua. Podrá leerse en su pedestal.

AL OSIRIS CRISTIANO,

Cuyos enviados han recorrido la tierra
 Para arrancar á los hombres de la miseria,
 Del embrutecimiento y de la fiera.
 Instruyéndolos en la agricultura,
 Enseñándoles á conocer el servicio de Dios,
 Suavizando así al desdichado salvaje,
 No con la fuerza de las armas,
 Que nunca necesitaron,
 Sino con la dulce persuasion,
 Los cánticos morales,
 Y el poder de los himnos,
 De forma que los creyeron ángeles (1).

(1) Luego que Osiris reinó en Egipto, sacó á los Egipcios de la vida indigente, miserable y bárbara, enseñándolos á sembrar y plantar, estableciéndoles leyes, manifestándoles cómo habian de honrar y reverenciar á los dioses; y viajando despues por todo el mundo, lo suavizó tambien sin emplear de modo alguno la fuerza de las armas, sino atrayendo y ganando la mayor parte de los pueblos con dulces persuasiones y exhortaciones puestas en cánticos y en toda clase de música; por donde opinaron los Griegos que era el mismo que Baco, Plutarc. de Isis et Osiris. Trad. de Amiot. edit. de Vascosan, tom. III pág. 287. Edit. Hens. Steph. tom. I pág. 634.

Poco ha se encontró en una isla del rio Pen-obscot una poblacion salvaje que cantaba en su idioma un gran número de canciones piadosas é instructivas,

004286

Cuando se considera que este orden legislador que reinaba en el Paraguay por el ascendiente único de las virtudes y de los ta-

por música de iglesia, y con una precision que apenas se hallará en los coros mas bien ordenados. Uno de los mas bellos cánticos de la iglesia de Boston proceda de estos indios (que mas de cuarenta años antes lo habian aprendido de sus maestros), sin que desde entónces estos miserables indianos hayan gozado de ninguna especie de instruccion. Mercur. de Franc. 5 Juillet de 1806 n.º 259 pág. 29.

El padre Salvatierra (hermoso nombre para misionero), justamente llamado Apóstol de la California, se acercaba á los salvajes mas intratables y que nunca habia conocido, sin otra arma que un laud, que tocaba primorosamente. Se ponía á cantar: *in voi credo ó Dio mio!* &c. Hombres y mugeres lo rodeaban y lo escuchaban en silencio. Muratori hablando de este hombre admirable dice: *Porre favola quella d'Orfeo; ma chi sa che non sia succeduto in simil caso?* Los misioneros solamente han comprendido y demostrado la verdad de esta fábula. Se ve tambien que habian descubierto aquella especie de música adaptable para aquellas grandes croaciones. „Enviadnos, escribian á sus amigos de Europa, enviadnos las canciones de los grandes maestros de Italia: *Per essere armoniosissimi senza tanti imbrogli de violini.* &c. Muratori Cristianesimo Felici. Venet. 1752, in 8.º cap. XII. pág. 284.

lentos, sin separarse jamas de una muy humilde sumision á la autoridad legitima, aunque bien distante; que este orden, digo, venia al mismo tiempo á arrostrar en nuestras cárceles, hospitales y lazaretos todo lo mas horroroso y repugnante que tienen la miseria, la enfermedad y la desesperacion; que estos hombres mismos, quienes al primer llamamiento corrian á acostarse sobre la paja al lado de la indigencia: que no tenian un aire extraño en las concurrencias mas cultas; que iban á decir sobre los cadalsos las *últimas palabras* á las víctimas de la justicia humana, y que desde estos teatros de horror subian á los púlpitos para tronar en presencia de los reyes (1): que manejaban el pincel en la China, el telescopio en nuestros observatorios, y la lira de Orfeo en medio de los salvajes: y que habian realzado todo el siglo de Luis XIV: cuando se considera por último que una detestable coalicion de ministros perversos, de magistrados delirantes, y de sórdidos sectarios ha podido en

(1) *Loquebar de testimoniis tuis in conspectu regum, et non confundebur.* Psalm. cxviii. v. 4, es la inscripcion puesta al pié del retrato de Bourdaloue, la misma que merecieron muchos de sus hermanos.

nuestro tiempo destruir esta maravillosa institución, y aplaudirse de ello, se créa ver á aquel loco que vanaglorioso pateaba un reloj diciéndole: *Yo te quitaré de que hagas ruido. ¿Mas qué es esto que yo digo? un loco no es culpable.*

XXXVII. He debido insistir principalmente sobre la formación de los imperios, como sobre el objeto mas importante; mas todas las instituciones humanas estan sometidas á la misma regla, y todas son nulas ó peligrosas si no descansan sobre la base de toda existencia. Siendo incontestable este principio, ¿qué se podrá pensar de una generacion que todo lo ha puesto en el aire, y aun las bases mismas del edificio social, reduciendo la educacion á puramente científica? Era imposible engañarse de un modo mas terrible; porque todo sistema de educacion que no estribe sobre la religion, caerá en un abrir y cerrar de ojos, ó no difundirá mas que veneno en el estado; siendo la religion, como excelentemente dijo Bacon, el *aroma que impide á la ciencia corromperse.*

Se ha preguntado frecuentemente: *¿Por qué una escuela de teología en todas las universidades?* La respuesta es fácil: *Para que subsistan las universidades, y no se corrompa la*

enseñanza. En su principio solo fueron escuelas de teología, donde vinieron á reunirse las otras facultades, como súbditas al derredor de una reina. La instruccion pública permaneció hasta nuestros dias cimentada sobre esta basa. Aquellos que han trastornado los establecimientos que habia, se arrepentirán por mucho tiempo, pero en vano. Para quemar una ciudad basta un niño ó un insensato; mas para reedificarla son necesarios arquitectos, materiales, operarios, millones, y sobre todo, tiempo.

XXXIX. Los que se han contentado con adulterar las instituciones antiguas, conservando las formas exteriores, quizá han hecho el mismo mal al género humano. Ya está perfectamente conocida la influencia de las universidades actuales sobre las costumbres, y el espíritu nacional en una parte considerable del continente de Europa (1). Respecto á esto,

(1) No me permitiré publicar ciertos conocimientos que me son particulares, aunque por otra parte sean precisos; pero creo que cada uno es libre para reimprimir lo que está escrito y hacer hablar á un alemán sobre Alemania. Un hombre á quien no se acusará de infatuado por las ideas antiguas, se ex-

las universidades de Inglaterra han conservado mas reputacion que la otras; tal vez porque los ingleses saben mejor callarse ó alabar, se con oportunidad: tal vez porque el espíritu público, que tiene una fuerza extraordinaria en este pais, ha sabido allí mas que en otras partes defender estas venerables escuelas del anatema general. No obstante, es forzoso que ellas sucumban, y ya el mal genio de Gibbon nos ha valido extrañas confianzas sobre este punto (1).

En fin, para no pasar de generaliza- plica así sobre las universidades de su pais. Todas las universidades de Alemania, aun las mejores, tienen necesidad de grandes reformas en asunto á costumbres... las mejores son un abismo en que sin recurso se pierden la inocencia, la salud y la felicidad futura de una multitud de jóvenes, y de donde salen unos entes arruinados en cuerpo y alma, mas gravosos que útiles á la sociedad &c. ¡Ojalá que estos renglones sean un preservativo á los jóvenes! era de desear que leyesen sobre las puertas de nuestras universidades la inscripcion siguiente: *¡Oh jóvenes! aquí es donde muchos semejantes á ti perdieron la felicidad junto con la inocencia.* M. Camp Recueil. De Voyages 1. 2.

[1] Veanse sus memorias, donde despues de haber nos hecho revelaciones muy bellas sobre las universidades de su pais, nos dice en particular de la de Ox-

lidades, si no se vuelve á las máximas antiguas, si no se restituye la educacion á los sacerdotes, y si no se pone la ciencia en segundo lugar, los males que nos esperan son incalculables. Serémos embrutecidos por la ciencia, que es el último grado del embrutecimiento.

XL. Ni es lo único el que no pertenece al hombre la creacion; pero ni aun parece que nuestra potencia *no asistida*, pueda extenderse á mudar en mejor las instituciones establecidas. Si hay alguna cosa evidente para el hombre, es la existencia de dos fuerzas opuestas que sin descansar se combaten en el universo. Nada hay bueno que el mal no tizne y altere; nada hay malo que el bien no comprima y ataque, incitando sin cesar todo lo que existe hácia un estado mas perfecto (1). Estas dos

ford: *Bien puede ella renunciarme de hijo con tan buena gana como yo la renuncié de madre.* No dudo que esta tierna madre, sensible como debia á semejante declaracion, le haya decretado un magnífico epitafio: *Lubens merito.* W. Jones en su carta á M. Anquetil da en el extremo opuesto; pero este exceso le hace honor.

(1) Un griego habria dicho: *Prot epano cocin....* Podria decirse hacia la *restitucion in integrum*: ex-

fuerzas se encuentran presentes en todo: igualmente se las ve en la vegetación de las plantas, en la generación de los animales, en la formación de las lenguas, en la de los imperios (dos cosas inseparables), &c. El poder humano tal vez no se extiende mas que á quitar ó combatir el mal para desprender de él al bien, y restituirle el poder de reproducirse conforme á su naturaleza. El célebre Zanotti dijo: *Es difícil mudar las cosas en mejor* (1). Este pensamiento encubre un sentido

presion que la filosofía puede muy bien pedir prestada á la jurisprudencia, y que en esta acepción gozará una exactitud maravillosa. En cuanto á la opinion y al balance de las dos fuerzas, basta abrir los ojos: el bien es contrario al mal, y la vida á la muerte..... Considerad todas las obras del Altísimo: las hallareis dos á dos, y opuestas la una á la otra. Eccl. xxxiii. 15.

Diré al paso: De aquí nace la regla *del bello ideal*. Como en la naturaleza no se observa reunido lo perfectísimo, el verdadero artista, que puede decir *Est Deus in nobis*, tiene el poder misterioso de discernir los lineamientos ménos alterados, y el de reunirlos, formando unos todos que no existen más que en su entendimiento.

(1) *Difficile est mutare in melius*, Zanotti citad. en el Trasunto de la real academia de Torino. 1788. 9.

muy extenso bajo la apariencia de gran sencillez: se conforma perfectamente con otro pensamiento de Orígenes, que vale un buen libro. Entre los hombres, dice, nada puede mudarse en mejor *indivinemente* (1). Todos los hombres tienen un juicio interior de esta verdad, sin que pueda darse su explicación. Por ella esta aversion maquinal de todo buen espíritu á las innovaciones. La palabra *reforma*, por sí sola y aun sin previo examen, siempre será sospechosa á la sabiduría, justificando la experiencia de todos los siglos esta especie de instinto. Demasiado se sabe cuál ha sido el fruto de las bellas especulaciones en esta materia (2).

XLI. Para aplicar estas máximas generales á un caso particular, y con la única consideración del extremo peligro de innovaciones fundadas en puras teorías humanas, yo aun sin creerme en estado de formar por via de ra-

(1)O si se quiere expresar este pensamiento de un modo mas lacónico y exento de toda licencia gramatical: Sin Dios; nada mas bien. Orig. adv. Cels. l. 26. ed. Ruohéi Paris in fol. t. 1. pag. 345.

(2) *Nihil motum ex antiquo probabile*. Tit. Liv. 34. 53.

ciocinio un dictámen decisivo acerca de la gran cuestion de la reforma parlamentaria que tiempo ha, tanto agita los espíritus en Inglaterra; no obstante, me siento arrastrado á creer que esta idea es funesta, y que si los ingleses se entregan á ella con demasiado calor, tendrán que arrepentirse. *Pero*, dicen los partidarios de la reforma (y este es su gran argumento), *los abusos estan patentes, y son incontestables: ahora bien, ¿ un abuso formal, un vicio puede ser constitucional? Si; sin duda que puede serlo, porque toda constitucion política tiene defectos esenciales que participan de su naturaleza, que no se pueden separar; y lo que debe hacer temblar á todos los reformadores, es, que es os defectos pueden mudar con las circunstancias; de manera que aun cuando se demuestra que son nuevos, no por eso ya se ha demostrado que no sean necesarios (1).* ¡Pues

(1) Es necesario, se dice, volver á las leyes fundamentales, que ha abolido una costumbre injusta; y *este es un juego para perderlo todo.* Nada se hallará al justo en esta balanza. Sin embargo, el pueblo presta fácilmente oído á estos discursos. Pascal. *Pensees prem. part. art. 6.* Paris Renobad. 1803. p. 121.

No se podia decir mejor; pero véase lo que es el

qué hombre sensato no se estremecerá al poner manos á la obra? La armonía social está sujeta á la ley del *temple* en proporcion con el *teclado general*, como lo está la armonía propiamente dicha. Pónganse acordes en rigor las *quintas*; entónces las *octavas* disonarán; y así reciprocamente. Siendo pues inevitable la disonancia, en lugar de pretender extinguirla, debe ser repartida entre todas para modificarla. Así que por ambas partes el defecto es un elemento de la perfeccion posible. En esta proposicion no hay de paradoja mas que los términos. Acaso se dirá todavía: *Pero ¿dónde está la regla para discernir el defecto accidental del otro que participa de la naturaleza de las cosas, que es el que no se puede separar? Solo hacen tales preguntas los hom-*

hombre! El autor de esta observacion y su horrorosa secta, no han cesado de jugar *este juego infalible para perderlo todo*; y en efecto, el juego correspondió perfectamente. Voltaire ademas habló sobre este punto como Pascal: *Es una idea bien vana, dice, un trabajo bien ingrato el querer que todo vuelva á los usos antiguos, &c.* Essay sur les mœurs et l'esprit. chap. 85. Oigasele despues hablar sobre los papas, y se verá cómo se atiene á esta máxima.

bres á quienes la naturaleza únicamente ha dado orejas, pero los que tienen oído se encogen de hombros.

XLII. Al tratar de abusos, es menester también advertir que las instituciones políticas se han de calificar únicamente por sus efectos constantes, nunca jamás por cualesquiera causas que no significan nada (1), y ménos aún por ciertos inconvenientes colaterales (si es permitido expresarse así), que fácilmente ofuscan las vistas débiles, impidiéndoles mirar el conjunto. Efectivamente, ¿cómo se ha de formar juicio de las instituciones por sus causas y sus inconvenientes, si la causa, según la hipótesis que parece probada, no debe tener relación alguna lógica con el efecto, al paso que los inconvenientes de una institución en sí buena, tampoco son, como decía poco ha, mas que una *disonancia inevitable en el teclado general*? Voltaire, que durante un siglo habló de todo sin haber penetrado jamás una superficie (2), habló un ridículo raciocinio sobre la

(1) A lo ménos respecto al mérito de la institución; porque bajo otros aspectos puede ser importantísimo ocuparse en discurrir y calificar las causas.

(2) Dante llamaba á Virgilio, haciéndole á la ver-

venta de los oficios de magistratura que se verificaba en Francia; y acaso ningun ejemplo será mas propio para hacer percibir la verdad de la teoría que explico. *La prueba*, dice, *de que esta venta es un abuso, es que ella no fué producida sino por otro abuso* (1). Voltaire no se engaña aquí como todo hombre está sujeto á engañarse; se engaña vergonzosamente: es un eclipse central del sentido comun. *¿Es un abuso todo lo que nace de un abuso?* Al contrario; una de las leyes mas generales y mas evidentes de esta fuerza juntamente encubierta y notable que obra y se hace sentir por todo, es la de que el mal en llegando á cierto punto, se degüella á sí mismo; y en verdad que así debe ser, porque el mal, que no es mas que una negacion, tiene por medidas de su extension y duracion las mismas del ser á que está adherido, y al que devora. Existe como el cáncer, que no puede acabar sino consu-

dad, un honor algo excesivo, *Maestro de los que saben*. Parini, aunque tuviese la cabeza absolutamente lisiada, tuvo no obstante valor para decir á Voltaire contrahaciendo á Dante: *Tú eres maestro..... de los que crecen que saben* (il Matino). La palabra es exacta.

[1] Précis du siècle de Louis XV. c. 42.

miéndolo todo. Pero entónces aparece necesariamente una nueva realidad en lugar de la que acabó; pues *la naturaleza aborrece el vacío*, y el bien. . . . pero me ocupo demasiado con Voltaire.

XLIII. El error de este hombre provenia de que un tan gran escritor *dividido entre veinte ciencias*, como él mismo dijo en cierta parte, y ademas ocupado siempre en instruir al universo, rara vez tenia tiempo para pensar. „Una corte voluptuosa y disipadora, reducida „al último apuro por sus dilapidaciones, imagina vender los oficios de magistratura, y cria „de este modo (lo que ella jamas habria hecho „espontáneamente y con conocimiento de causa); ella, digo, cria una magistratura rica in„movible é independiente; de manera que la „Omnipotencia que juega con el universo (1), „se sirve de la corrupcion para criar tribuna„les incorruptibles” (cuanto permite la flaqueza humana). Nada hay, á la verdad, tan aceptable á los ojos de un verdadero filósofo; nada mas conforme á las grandes analogías y á esta ley indisputable, la cual quiere que las

[1] Ludens in orbe terrarum. Prov. viii, 31.

instituciones mas importantes nunca jamas sean el resultado de una deliberacion, sino el de las circunstancias. Véase el problema, apénas puesto, ya casi resuelto, como sucede á todos los problemas: *¿Un pais como el de Francia será juzgado mejor por magistrados hereditarios?* Si se decide por la afirmativa, como voy suponiendo, débese proponer despues este segundo problema: *Habiendo de ser hereditaria la magistratura, ¿cuál modo para reelegir y reemplazarla?* ¿Y cuál otro medio será mas ventajoso que el de poner algunos millones con el rédito mas bajo en los cofres del soberano, asegurando al mismo tiempo la riqueza, la independencia, y tambien la nobleza (cualquiera) de los jueces superiores? No se considere la renta mas que únicamente como un medio de herencia; y entónces este punto de vista que es el verdadero, dará golpe á todo espíritu exacto. No es este el lugar de profundizar la cuestion; pero basta para probar que Voltaire ni la columbró.

XLIV. Supongamos ahora á la cabeza de los negocios un hombre tal como él, reuniendo por una feliz consoanancia la ligereza, la incapacidad y temeridad: á buen seguro que

él deje de obrar con sus disparatadas teorías acerca de leyes y de abusos. Con empréstitos al seis y dos tercios reintegrará á los titulares que son acreedores, solo al dos por ciento. Preparará los espíritus con una multitud de escritos pagados que insulten á la magistratura y le arranquen la confianza pública. Luego al punto la proteccion, mil veces mas desatinada que la casualidad, abrirá la lista eterna de sus descuidos: el hombre distinguido, no viendo ya hereditario el contrapeso de un trabajo molesto, se desviará para no volver; y los grandes tribunales serán entregados en manos de aventureros sin nombre, sin fortuna y sin reputacion; substituidos á aquella venerable magistratura, donde la virtud y la ciencia se habian hecho hereditarias como sus dignidades: verdadero sacerdocio que las naciones extranjeras pudieron envidiar á la Francia, hasta el momento en que el filosofismo, despues de haber excluido á la sabiduria de todos los lugares que ella ilustraba, puso cima á tan bellas hazañas con echarla de su casa.

XLV. Tal es la imagen natural de la mayor parte de las reformas, porque no solamente no pertenece al hombre la creacion; pero

ni aun le pertenecen las reformas, sino de una manera secundaria y con una multitud de restricciones terribles. Partiendo de estos principios incontestables, cada hombre puede calificar las instituciones de su pais con una perfecta certidumbre, especialmente puede avalar todos estos *creadores*, estos *legisladores*, estos *restauradores* de las naciones, tan predilectos del siglo XVIII, á quienes la posteridad mirará con lástima, y quizá tambien con horror. Se han fabricado castillos de carton en Europa y fuera de Europa. Los pormenores serian odiosos; pero en verdad que no se falta al respeto de nadie rogando sencillamente á los hombres que consideren y juzguen siquiera por los efectos, ya que se empeñan en repugnar otra especie de instruccion. El hombre en comunicacion con su Criador es sublime, y su accion es creativa; por el contrario, cuando se separa de Dios y obra solo, él no deja de tener poder (por ser este un privilegio de su naturaleza); mas su accion es negativa, y no alcanza sino para destruir.

XLVI. En la historia de todos los siglos no hay un solo hecho que contradiga estas máximas. Ninguna institucion humana puede du-

rar si no es sostenida por la mano que las sostiene todas, es decir, si no le fué dedicada desde su creación. Cuanto mas penetrada se halle del principio divino, tanto mas durable será. ¡Extraña ceguedad la de los hombres de nuestro siglo! Se jactan de sus luces al paso que lo ignoran todo, pues se ignoran á sí mismos: no saben lo que son ni lo que pueden: un orgullo indómito los precipita de continuo á trastornar todo lo que ellos no han hecho; y para formar nuevas creaciones se apartan del principio de toda existencia. No obstante, el mismo Juan Jacobo Rousseau dijo muy bien: *¡Hombre pequeño y vano! muéstrame tu fuerza, y yo te mostraré tu flaqueza.* Con mas verdad y provecho se podría decir: *¡Hombre pequeño y vano! confésame tu flaqueza, y yo te mostraré tu fortaleza.* En efecto, luego que el hombre reconoce su nulidad, ya dió un paso muy avanzado, porque ya está cerca de buscar un apoyo con que lo pueda todo. Precisamente ha hecho lo contrario el siglo que acaba de cerrar. Pero ¡ay! que no ha concluido sino en los almanaques! Examinemos todas sus empresas, todas y cualesquiera de sus instituciones: constantemente se le verá

aplicado á separarlos de la Divinidad. El hombre se ha creído un ser independiente, y ha profesado un verdadero ateísmo práctico, mas peligroso quizá y mas culpable que el teórico.

XLVII. Distraído por sus ciencias vanas de la única ciencia que realmente le interesa, ha creído tener el poder de crear, cuando ni siquiera lo tiene para denominar. Él, á quien no se ha dado la facultad de producir un insecto ni un pelillo de moho, ha creído ser el autor inmediato de la soberanía, que es la cosa mas importante, mas sagrada y mas fundamental del mundo moral y político (1), como por ejemplo que reine tal familia, porque tal pueblo así lo ha querido, mientras que cuanto le rodea es una prueba incontestable de que toda soberanía reina por haberla elegido un poder superior. Si no ve estas pruebas es porque cierra los ojos, ó porque mira muy de cerca. El creyó haber inventado las

(1) El principio de que *todo poder legítimo parte del pueblo, es noble y especioso en sí mismo; sin embargo, él es desmentido por todo el peso de la historia y de la experiencia.* Hume. Hist. d'Ang. Charles I. chap. 59. An. 1642. Edit. Ang. de Bale. 1789. in 8.º pag. 120.

lenguas, cuando no tiene mas que advertir que toda lengua humana es *aprendida*, y nunca *inventada*; y cuando ninguna hipótesis imaginable, en todo lo que alcanza el hombre, puede explicar con la menor apariencia de probabilidad, ni la formación, ni la diversidad de las lenguas. El ha creído que podía constituir las naciones; y en otros términos, que *podía crear esta unidad nacional, por cuya virtud una nación no es la otra*. En fin, el ha creído que pues tenía el poder de crear instituciones, con mas razón tendría el de emprestárselas de otras naciones, y de trasportarlas á la suya con la estructura y con el mismo nombre que allá tenían, y para disfrutar las mismas ventajas. Los papeles franceses me ministran sobre este punto un ejemplo singular.

XLVIII. Hace algunos años que los franceses imaginaron establecer en Paris ciertas carreras que en algunos escritos de entónces llamaron seriamente *Juegos olímpicos*. No era complicado el raciocinio de aquellos que inventaron ó renovaron este bello nombre. *Se corría, se dijeron, á pié y á caballo á las orillas del Alfeo; se corre á pié y á caballo á las orillas del Sena: luego es lo mismo*. Nada mas

sencillo; pero sin preguntarles por qué no se les antojó apellarlos *juegos parisienses*, en lugar de llamarlos juegos olímpicos, podrían hacerse otras observaciones. Para instituir los juegos olímpicos se consultaban los oráculos. Los dioses, y los héroes tenían allí su parte. Jamas se comenzaban sin haber hecho algunos sacrificios, y otras ceremonias religiosas: se consideraban como los grandes comicios de la Grecia, y nada habia tan augusto. ¿Mas los Parisienses ántes de establecer sus carreras, tomadas de los Griegos, fueron á Roma *ad limina apostolorum*, para consultar al Papa? ántes de echar sus voltetas al aire por divertir á los marchantes, hacian cantar una misa solemne? con qué gran mira política combinaron ellos sus carreras? ¿cómo se habian de llamar los maestros? pero esto es demasiado: el buen sentido mas comun percibe lo nada, y lo ridiculo de esta imitación.

XLIX. Sin embargo, en un diario escrito por hombres de espíritu, que no tenían otra culpa ú otra desgracia que la de profesar las doctrinas modernas, se escribia algunos años ha, en materia de estas carreras, el siguiente pasage dictado por el entusiasmo mas festivo.

„Yo lo pronostico: los juegos olímpicos de los franceses, atraerán algún día la Europa al campo de Marte; ¡cuán fría, y cuán incapaz de emoción es el alma de aquellos que no ven aquí mas que carreras! yo: sí; yo veo en esto un espectáculo tal, que jamás lo ha presentado igual el universo desde los de Elida, en que la Grecia servía de espectáculo á la Grecia. No: los circos de los romanos, y los torneos de nuestra antigua caballería en nada se les parecían (1).”

Yo mismo creo, y tambien sé que ninguna institucion humana es duradera si no tiene una base religiosa; y *ademas* (suplico que se atienda bien á esto) *si no tiene un nombre tomado de la lengua nacional, y nacido por sí mismo sin deliberación alguna anterior y conocida.*

(1) Decade Philosof. octob. 1797. n.º 1. pág. 31.

Este pasaje conformado con su fecha, tiene el doble mérito de ser eminentemente chistoso, y de hacer pensar. En sí se ven las ideas en que por entonces se mecían estos niños, y lo que ellos sabían de aquello que el hombre debe saber ántes de todo. Despues un nuevo orden de cosas ha refutado bastantemente estas bellas imaginaciones; y *si toda la Europa es hoy atraída á Paris*, no es ciertamente para ver los juegos olímpicos.

L. La teoría de los nombres es tambien un objeto de grande importancia. En ninguna manera son arbitrarios los nombres, como lo han afirmado tantos hombres, *que habian perdido sus nombres.* Dios se llama: *Yo soy*; y toda criatura se llama: *Yo soy esto*: El nombre de un ser espiritual es necesariamente relativo á su accion; pues ella es su cualidad distintiva; y de aquí vino que entre los antiguos, el mayor honor para una deidad era la *Polyonymia*, esto es, la pluralidad de nombres que significaba la de sus funciones, ó la extension de su poder. La mitología antigua nos muestra á Diana todavia niña, pidiendo este honor á Júpiter, y en los versos atribuidos á Orfeo es cumplimentada con el nombre de *demonio Polyonymio*. . . . Genio de muchos nombres (1); lo que quiere decir en sustancia que solo Dios tiene el derecho de dar un *nombre*. En efecto,

(1) Véase la nota sobre el 7.º verso del himno á Diana de Callimaco ed. de Span. dium; y á Lanzi Saggio di letteratura etrusca &c. in 8.º tom. 2. pág. 241. en la nota.

Los himnos de Homero no son en el fondo mas que unas colecciones de epítetos que conspiran al mismo principio de la Polyonymia.

él lo ha denominado todo, pues lo ha criado todo. Ha dado nombre á las estrellas (1): lo ha dado á los espíritus; y de estos últimos la Escritura no pronuncia mas que tres, pero todos tres relativos al destino de estos ministros. Acaece lo mismo con los hombres que Dios ha querido denominar por sí, y que la Escritura nos da á conocer en gran número. Siempre los nombres son relativos á las funciones. (2) ¡No ha dicho que en su reino venidero dará á los vencedores *un nombre nuevo* (3) proporcionado á sus hazañas! y los hombres que son hechos *á imagen de Dios*, han hallado un modo mas solemne de remunerar á los vencedores, que el de darles *un nombre nuevo*, el cual, á juicio de los hombres, sea el mas honroso entre todos, esto es, el de las naciones vencidas (4)! Es muy comun dar al hombre

(1) Isai. xi. 26.

(2) Recuérdese el nombre mas grande dado divina y directamente á un hombre; la razon del nombre fué dada en este caso con el nombre, y el nombre expresa precisamente el destino, ó lo que es igual, el poder.

(3) Apoc. iii. 12.

(4) Esta observacion fué hecha por el autor anónimo, pero conocidísimo, del libro intitulado: *Die*

un *nombre nuevo* cuando muda de vida, ó recibe un nuevo carácter. Se usa esto en el bautismo, en la confirmacion, en el alistamiento de un militar, la entrada en religion, la emancipacion de los esclavos &c; en una palabra, el *nombre* de todo ser expresa lo que él es, y en este género nada hay que sea arbitrario. La expresion vulgar: *tiene nombre: no tiene nombre:* es muy exacta y muy expresiva, pues ningun hombre puede ser escrito entre los que se convocan á las juntas por sus nombres, si su familia no es marcada con un signo, que la distinga de las otras (1)”

LI. Se verifica en las naciones lo que en los individuos: las hay que no tienen nombre. Heródoto observa que los Tracios serian el pueblo mas poderoso del orbe si estuvieran unidos; *pero, añade, esta union es imposible, porque cada uno tiene un nombre diferente* (2).

Es una excelente observacion: entre los pueblos modernos hay unos que *no tienen nombre*,

siegeschichte der christlichen Religion in cima gemeinmützigen Erläuterung de allen baranglohannis. In 8.º Nuremberg. 1799. p. 89. Nada hay que decir contra esta página.

(1) Numer. xvi. 2.

[2] Herod. Therpsic. 5. 3.

y otros que tienen muchos: pero la *Polygonimya* es tan desgraciada para las naciones cuanto se ha creído honorífica para los genios.

LII. No habiendo pues nada arbitrario en los nombres, y viniendo su origen como todas las cosas, con mayor ó menor inmediación de Dios, no se debe creer que el hombre tenga derecho ilimitado á denominar, aun aquellas de las cuales pueda considerarse como autor, y ni imponerles nombres correspondientes á las ideas que se forma de ellas. Respecto á esto, Dios se ha reservado una especie de jurisdicción inmediata que es imposible dejar de conocer (1). Oh! mi amado Hermógenes, es una gran cosa la imposición de nombres, y tal que no puede pertenecer ni al hombre malo, ni al hombre vulgar. . . . este derecho no corresponde mas que á un criador de nombres (Onomaturgo), esto es, segun parece, á solo el legislador; pero entre todas las criaturas humanas lo mas raro es un legislador (2).

LIII. A pesar de todo, el hombre nada de-

[1] Orig. Adv. Cels. l. 18. 24. et in hort. ad Martir. núm. 46.; et in notis edit. Rubocy in fol. tom. 1. pág. 305. 341.

[2] Plat. in erat. opp. t. III. pág. 244.

sea tanto como decir nombres. Esto es lo que hace, por ejemplo, cuando aplica á las cosas epítetos significativos; talento que distingue al escritor grande, y mas todavía al gran poeta. La feliz imposición de un epíteto ennoblece un sustantivo que resulta célebre con este nuevo sello. Se encuentran ejemplos en todos los idiomas; pero ateniéndonos al de este mismo pueblo, que goza un tan gran nombre, pues que lo ha dado á la franqueza, ó la franqueza lo ha recibido de él, ¿cuál es el literato que ignore lo de Aqueronte avaro, caballos anhelosos, lecho afrentado, tímidos ruegos, el estruendo, el destructor impetuoso, pálidos adu- ladores &c (1)?

El hombre nunca olvidará sus derechos primitivos, y tambien se puede decir en cierto sentido que los ejercerá siempre; pero cuánto los ha menguado su degradación! Véase una ley verdadera, como Dios que la ha hecho.

(1) De forma que, como observa Dionisio de Hali- carnaso, si el epíteto es *distintivo* y *natural*, hará tanto peso en el discurso como un nombre. De la poesía de Homero, cap. VI. en cierto sentido puede decirse que vale mas, pues tiene el mérito de la creación sin la mengua del Neologismo.

Está prohibido al hombre dar nombres grandes á aquellas cosas de las cuales sea autor, y que él crea grandes; pero si ha obrado legítimamente el nombre vulgar de la cosa, resultará ennoblecido por ella, y llegará á ser grande.

LIV. Bien se trate de creaciones materiales, bien de políticas, la regla es la misma. Nada por ejemplo hay mas conocido en la historia griega que la palabra *cerámica*. Aténas no tuvo cosa mas augusta. Mucho tiempo despues de haber perdido sus grandes hombres y su existencia política, Atico desde allí escribía con intencion á su ilustre amigo: *Hállandome el otro dia en la Cerámica &c.*, y Ciceron le burlaba por ello en la respuesta (1). Ahora mismo, ¿qué significa directamente esta palabra tan célebre *Tuilerie* (2)? Es cosa muy vulgar; pero las cenizas de los héroes mezcladas con esta tierra la habian consagrado; y la tierra habia consagrado el nombre. Es muy singular que con gran distancia de tiempos y lugares esta misma palabra *Tuileries*, famosa

(1) Ved que para responder á vuestra frase: *Hállandome el otro dia &c.* Cic. ad Attic. 1. 10.

(2) Con alguna extension comprende tambien la idea de *Poterie*: Barro vidriado.

antes como nombre de un lugar de sepultura, haya sido nuevamente ilustrada significando un palacio. La potestad que vino á habitar las *Tuileries*, no pensó en darles un nombre respetable que tuviera alguna proporcion con ellas. Si hubiese cometido esta falta, no habria habido razon para que otro dia este lugar solo fuese habitado de rateros y rameras.

LV. Otra razon que tiene su peso aunque no sea tomada de tan alto, debe tambien obligarnos á desconfiar de todo nombre pomposo impuesto *a priori*. Como la conciencia casi siempre advierte al hombre el vicio de la obra que acaba de hacer, exaltado su orgullo, que no puede engañarse á sí mismo, intenta á lo ménos engañar á los otros inventando un nombre honorífico, el cual supone precisamente un mérito para lo contrario: quedando este nombre tan léjos de acreditar realmente la excelencia de la obra, que mas ántes es una verdadera confesion del vicio que la distingue. El siglo XVIII, tan rico en cuanto puede imaginarse de falso y ridiculo, ha ministrado sobre este punto una multitud de ejemplos curiosos en los títulos de libros, los epígrafes, las inscripciones y otras cosas de esta

especie. Así que si se lee, por ejemplo, en el frontispicio de alguna de las principales obras de este siglo:

Tantum series juncturaque pollet

Tantum de medio sumptis accedit honoris.

bórrese el presuntuoso epígrafe, y susbtitúyase con fiadamente aun ántes de abrir el libro, y sin el menor recelo de ser injusto:

Rudis indigestaque moles

Non bene junctarum discordia semina rerum.

En efecto, el caos es la imágen de este libro, y el epígrafe expresa eminentemente lo que eminentemente falta á la obra. Si en la carátula de otro libro se lee: *Historia filosófica y política*, sépase ántes de leer la historia anunciada con este título, que no es ni *filosófica* ni *política*; y despues de haberla leído se sabrá además que es obra de un frenético. ¡Otro hombre se atreve á escribir al pié de su retrato: *Vitam impendere vero?* pues sin previa instruccion apuéstese á que es obra de un embustero, y él mismo lo confesará el dia que esté de humor de decir la verdad. ¡Podráse

leer debajo de otro retrato: *Post genitis hic carus erit, nunc carus amicis*; sin advertir luego al punto que este verso tan felizmente tomado del original, es tambien muy oportuno para pintarlo de una manera poco diferente: *¡Yo tuve adoradores, y no tuve un amigo?* Y en efecto, quizá jamas existió un hombre, en la clase de literatos, ménos dispuesto á sentir la amistad, y ménos digno de inspirarla &c. &c. Algunas obras y empresas de otro género corroboran la misma observacion. Por ejemplo: si la música aparece repentinamente un negocio de estado; si el espíritu del siglo, ciego en todas materias, concede á esta arte una falsa importancia y una falsa proteccion, muy diferente de la que necesitaba; si se levanta en fin un templo á la música con el nombre antiguo y sonoro de *Odeon*, es una prueba infalible de que el arte está en decadencia, y nadie debe sorprenderse al oír á un crítico célebre de este pais confesar muy poco despues en estilo bien vigoroso, que nada impedia para escribir sobre la fachada del templo: *Esta casa se alquila* (1).

(1) A buen seguro que los mismos pasages ejecutados en el *Odeon*, produzcan en mí la misma sen-

LVI. Pero, como he dicho, todo esto no es mas que una observacion de segundo orden. Volvamos al principio general *de que al hombre no corresponde, ó que él no tiene ya el derecho de dar nombre á las cosas*: (á lo ménos en el tiempo que he explicado) Atiéndase bien á esto: los nombres mas respetables, en todas las lenguas, tienen un origen vulgar. Nunca el nombre es proporcionado á la cosa; siempre la cosa ilustra al nombre. Es menester que el nombre *brote*, por decirlo así, y si no será falso. La palabra *Trono* ¿qué signifi-

sacion que experimentaba en el antiguo teatro de música, donde los oía con asombro. Nuestros artistas han perdido la tradicion de esta obra capital (El *Stabat de Pergolèse*) que para ellos está escrito en lengua extraña: dicen las notas sin penetrarse de su espíritu; la ejecución es helada, falta de alma, de sentimiento y de expresión. La orquesta misma toca maquinalmente y con una languidez que mata el efecto. La música antigua (la *Quelle?*) compite con la mas alta poesía: la nuestra solamente emula el gorgo de las aves. Cesen pues nuestros aficionados modernos.....de deshonrar las composiciones sublimes.....Sobre todo, que ya no jugueteen mas con Pergolèse: es muy fuerte para ellos. Journ. de l'Empire. 28. Mart. 1812.

ca en su origen? *Silla ó escabel*. ¿Qué significa *etro*? un palo ó baston para apoyarse (1); pero el baston de los Reyes se distinguió muy pronto de todos los otros; y este nombre subsiste en su nueva significacion despues de tres mil años. ¿Qué cosa hay mas noble en la literatura y mas noble en su origen que la palabra *Tragedia*? Pues, y el nombre casi fétido

(1) En el segundo libro de la Iliada quiere Ulises contener á los Griegos para que no abandonen cobardemente su empresa. Si en medio del tumulto excitado por los descontentos, encuentra un rey ó un noble, le dirige palabras dulces para persuadirle; pero si le viene á la mano un hombre del pueblo (galicisimo notable), lo aporrea *con grandes golpes de etro*: le da fuertes palos con el etro. Iliad. II. 198. 199. = Tiempo ha se acriminó á Sócrates por haber tomado los versos que Ulises pronuncia en esta ocasion, y por haberlos citado para probar al pueblo que no sabe nada ni es nada. Xenofont. Mem. Sócr. I. 2. 20. Para la historia del etro puede tambien citarse á Píndaro en el lugar donde nos cita la anécdota de aquel antiguo rey de Rhódas que apaleó en la plaza á su cuñado, dándole en el primer ímpetu y sin mala intencion, con un etro que por desgracia encontró hecho de un palo muy duro. Olímp. VII. V. 49. y 55. Bella leccion para aligerar los etros.

do de *Drapeau* (1), elevado, y ennoblecido por la lanza de los guerreros, ¿qué fortuna no ha hecho en nuestra lengua (la francesa)? Una multitud de otros nombres vienen apoyando mas ó menos el mismo principio: tales son por ejemplo: *Senado, Dictador, Cónsul, Emperador, Iglesia, Cardenal, Mariscal, &c.* Concluyamos con los de *Condestable* y de *Chanciller*, puestos á dos eminentes dignidades de los tiempos modernos. El primero significa en su origen, *gefe de la caballeriza* (2); y el segundo *un hombre que está detras de una reja* (para que no lo oprima la multitud de pretendientes).

LVII. Hay pues dos reglas infalibles para juzgar de todas las creaciones humanas, cualquiera que sea su clase; *la base y el nombre*; estas dos reglas bien entendidas, dispensan de toda aplicacion odiosa. Si la base es puramente humana, el edificio no podrá permanecer; y cuantos mas hombres intervengan y cuanto mas deliberen con la ciencia, y so-

(1) Trapo, sábana, bandera.

(2) Condestable es una contraccion gauloisa (francesa antigua) de *Comes Stabuli*: el compañero ó ministro del principe en el departamento de las caballerizas.

bre todo *con la escritura*; y en fin, cuantos mas sean los medios humanos de toda especie, tanto mas débil será la institucion. Por esta regla principalmente se debe calificar todo lo que se ha emprendido por los soberanos, ó por las asambleas de hombres para la civilizacion, la institucion, ó la regeneracion de los pueblos.

LVIII. Por la razon contraria, cuanto mas divina sea en las bases una institucion, tanto mas permanente será ella. Para mayor claridad será bueno observar tambien, que el principio religioso es por esencia creador y conservador de dos maneras: primera, que alcanza unos progresos extraordinarios del espíritu humano porque obra sobre él con mas fuerza que ningun otro principio. En consecuencia, persuadido el hombre por sus principios religiosos, que será una gran ventaja conservar su cuerpo despues de la muerte en la integridad posible, y sin que pueda acercarse una mano indiscreta ó profanadora; este hombre, digo, despues que apure el arte de embalsamar, acabará por construir las pirámides de Egipto. Segunda: el principio religioso tan fuerte de suyo por lo que obra, lo es tambien infinitamente por lo que impide, á causa del respeto

con que él cerca todo lo que toma bajo su protección. Si es consagrado un simple guijarro, hay una razón para librarlo de las manos que podría extraviarlo ó hacerlo pedazos. La tierra está cubierta de estas verdades. Los vasos etruscos conservados por la religiosidad de los sepulcros, sin embargo de ser tan quebradizos, han llegado hasta nosotros en mayor número, que los monumentos de mármol y de bronce de la misma época (1). ¿Se quiere conservar todo? dedíquese todo.

LIX. La segunda regla, que es la de los nombres, no es según creo, ni ménos clara ni ménos decisiva que la precedente. Si el nombre es impuesto por una junta, si es establecido por una deliberación anterior, de suerte que preceda á la cosa; si el nombre es pomposo (2), si hay en él una proporción gramatical con el

(1) Mere, de Francia 17. Juin. 1809. núm. 413. pág. 679.

(2) Así por ejemplo: si un hombre que no sea soberano se llama á sí mismo *legislador*, será una prueba cierta de que no lo es; y si una asamblea osa nombrarse legisladora, no solamente prueba que no lo es, sino también que ha perdido el juicio, y que dentro de poco será la mofa del universo.

objeto que debe representar; en fin, si es tomado de una lengua extraña, y sobre todo de una lengua antigua, todos los caracteres de nulidad se encuentran reunidos, y puede asegurarse que el nombre y la cosa desaparecerán á poco tiempo. Las suposiciones contrarias (1) anuncian la legitimidad, y de consiguiente la permanencia de la institución. ¡Cuidado con no pasar ligeramente sobre este objeto! Un verdadero filósofo nunca debe perder de vista el lenguaje, porque es un barómetro cierto cuyas variaciones pronostican *el bueno y el mal tiempo*. Sin salir de la materia que trato ahora, es cierto que la *immoderada* introducción de palabras extranjeras, mayormente si se aplican para instituciones de cualquiera clase, es la señal mas infalible de la degradación moral de un pueblo.

LX. Si la formación de todos los imperios, los progresos de la civilización, y el concierto unánime de todas las historias y de todas las tradiciones no bastaran juntas para con-

(1) Habrá pues legitimidad y permanencia, porque habrá naturalidad, cuando no haya una asamblea deliberante que antes de nacer la cosa ya la bautice con un nombre de campanillas remedando otra lengua.

vecernos; la muerte de los imperios completaría la demostración empezada en su nacimiento; como el principio religioso lo ha criado todo, así también la falta de este principio lo ha destruido todo. La secta de Epicuro, que podría llamarse *la incredulidad antigua*, degradó desde luego, y destruyó muy pronto todos los gobiernos que tuvieron la desgracia de darle entrada. En todas partes Lucrecio anuncia á César.

Pero todas las experiencias pasadas desaparecen ante el horroroso ejemplo dado por el siglo último. Como duran todavía los vértigos de sus vapores, es menester que los hombres se pongan con ánimo muy sereno para que despejados puedan contemplar este ejemplo en su verdadero aspecto; y principalmente deducir de él las *consecuencias necesarias*; es pues muy esencial reconcentrar toda la atención sobre esta escena terrible.

LXI. Siempre ha habido religiones sobre la tierra, y siempre también impíos que las han impugnado; y siempre asimismo la impiedad ha sido un crimen, porque no pudiendo haber religión *tan falsa* que no tenga alguna mezcla de verdadera, no puede tampoco existir im-

piEDAD que no combata alguna verdad divina, mas ó ménos desfigurada; *pero no puede haber impiedad verdadera sino en el seno de la religión verdadera*; y por necesaria consecuencia nunca en los tiempos pasados pudo la impiedad producir los males que ha producido en nuestros tiempos, porque ella siempre es culpable en proporción de las luces que la rodean. Por esta regla debe ser juzgado el siglo XVIII, pues por este punto de vista no se asemeja á ningún otro. Se oye decir muy comunmente *que todos los siglos se parecen, y que todos los hombres han sido siempre los mismos*; pero es menester guardarse bien de tener por generales estas máximas que la pereza ó la ligereza inventan para dispensarse de reflexionar. Al contrario, todos los siglos y todas las naciones presentan un carácter y un distintivo que se debe considerar diligentemente. Sin duda que siempre ha habido vicios en el mundo, pero estos vicios pueden diferenciarse en cantidad, en naturaleza, en la cualidad dominante y en la intención (1). „No se duda

1 Debese atender también á la mezcla de las virtudes, cuya proporción varía infinitamente. Después de haber manifestado los excesos de un mismo géne-

que siempre ha habido impíos; pero ántes del siglo XVIII, y en el seno del cristianismo nunca jamás hubo una *insurreccion* contra Dios: principalmente nunca se habia visto una conspiracion sacrilega de todos los talentos contra su autor; pero nosotros la hemos visto en nuestros dias. El romance ha blasfemado lo mismo que la tragedia, y la novela como la historia y la física. Los hombres de este siglo han prostituido su talento ante la irreligion, y segun la expresion admirable de S. Luis, al morir, ellos han guerreado contra el Dios de sus dones (1). La impiedad antigua nunca se enoja; alguna vez ratiocina, ordinariamente chanea; pero siempre sin aspereza. Ni Lucrecio avanza hasta injuriar; y aunque su temperamento melancólico y sombrío lo inclinara á ver negras las cosas, sin embargo, cuando acusa á la religion de haber producido grandes males, lo hace friamente y con sosie-

ro en diferentes tiempos y lugares, se creen ya con derecho á concluir magistralmente que los hombres han sido siempre los mismos. No hay sofisma mas grosero ni mas comun.

1 Joinville en la Coleccion des Memoires relatifs à l'Histoire de France en 8.º tom. 2. pag. 160.

go. Las religiones antiguas valian bien poco para que la incredulidad contemporánea se enfadara con ellas.

LXII. Cuando se publicó en el orbe la *buen nueva*, se hizo mas violento el ataque: sus enemigos no obstante, guardaron siempre cierta moderacion. No se descubren en la historia sino de tarde en tarde, y siempre solos. Nunca se advierte reunion ó liga formal: nunca llegaron al furor de que hemos sido testigos. Aun Bayle, el padre de la incredulidad moderna, no se parece en nada á sus sucesores. En los extravios mas execrables no se le observa un gran empeño por persuadir, y ménos el tono de exasperacion ó el espíritu de partido: mas bien duda que niega; dice en pro y en contra; continuamente es mas elegante por la buena que por la mala causa (1)."

LXIII. En la primera mitad del siglo XVIII fué cuando la impiedad comparció realmente una potestad. Desde luego se la ve propagarse por todas partes con una actividad incomprendible. Se abalanza desde el palacio

1 Véase con qué fuerza de lógica combatió el materialismo en el art. Leucippe de su Diccionario.

hasta la choza, y lo infesta todo: sabe caminos invisibles, y tiene una acción oculta, pero indefectible: en tal manera que el observador mas atento no acierta siempre á descubrir los artificios. Con una ilusión inexplicable sabe hacerse amar de aquellos mismos de quienes es su mas mortal enemiga; y la autoridad que ya va á sacrificar, la abraza estúpidamente antes de recibir el golpe. En poco tiempo un simple sistema remanece una formal asociación, que con un progreso rápido se cambia en complot, y finalmente en una gran conjuración que cubre la Europa.

LXIV. Entonces se manifiesta por primera vez este carácter de impiedad que no pertenece mas que al siglo XVIII. No es ya el tono frío de la indiferencia, ó cuando mas la ironía maligna del Scepticismo, es un odio mortal, es el tono de la cólera, y muchas veces el de la rabia. Los escritores de esta época, al ménos los mas notables, no tratan ya al cristianismo como á un error humano sin consecuencia; le asestan como á un enemigo capital: lo persiguen de muerte: es una guerra de exterminio; y lo que parecería increíble si no tuviéramos á la vista tristes prue-

bas de ello, es que muchos de estos hombres que se apellidaban filósofos, se elevaron desde el odio del cristianismo hasta el odio personal contra su Divino Autor. Lo aborrecieron realmente, como se podia aborrecer á un hombre vivo. Dos hombres en especial, que serán cubiertos de las execraciones de la posteridad, se han distinguido en un desalmamiento tal, que parece sobrepajar con mucho las fuerzas de la naturaleza mas depravada.

LXV. Pero como la Europa habia sido civilizada por el cristianismo, y los ministros de esta religion habian alcanzado en todos los paises una gran existencia política, las instituciones civiles se habian mezclado é incorporado de un modo maravilloso, y tal que podia decirse con mas ó ménos verdad sobre todos los estados de la Europa, lo que dijo Gibbon de la Francia; *que este reino habia sido formado por los obispos*. Era pues inevitable que la filosofía del siglo no tardase mucho en aborrecer las instituciones civiles, porque no le era posible separar de ellas el principio religioso. Y fué lo que sucedió: le desagradaron todos los gobiernos, todos los establecimientos de la Europa porque eran cristianos; y en la

proporcion con que eran cristianos, se apoderó de todas las cabezas un *desabrimiento* de opinion, un descontento general. Mayormente en Francia la rabia filosófica no conoció ya límites, y formándose de tantas voces reunidas una sola voz formidable, se la oyó exclamar en medio de la culpable Europa.

LXVI. Déjanos (1)...; Habrémos de temblar perpetuamente en la presencia de los sacerdotes, y recibir de ellos la instruccion que quieran ministrarnos? En toda la Europa está ofuscada la verdad con la humareda del incensario. Tiempo es ya de que salga de esta nube fatal. No hablemos ya de fe á nuestros hijos. A ellos, cuando sean grandes, toca investigar si tú existes; lo que eres, y lo que exiges de ellos. Todo lo que existe nos desagrade, porque tu nombre está escrito sobre todo lo que existe. Nosotros queremos destruirlo todo y rehacerlo sin ti. Sal de nuestros consejos; sal de nuestras academias; sal de nuestras casas: nosotros solos sabrémos acertar: la razon nos basta: déjanos.

(1) *Dixerunt Deo: Recede a nobis; scientiam viarum tuarum nolumus.* Job. xxi. 14.

¿Y Dios cómo ha castigado este execrable delirio? lo ha castigado como crió la luz; con una sola palabra; Dijo: Haced!...y el mundo político se desplomó. Véase pues cómo los dos géneros de demostraciones se reúnen para alumbrar los ojos ménos perspicaces. En el un aspecto, el principio religioso preside á todas las creaciones políticas; y en el otro, todo se desvanece luego que él falta.

LXVII. La culpa de la Europa consiste en haber cerrado los ojos á estas grandes verdades, y padece porque es culpable. Ella no obstante, resiste todavía á la luz, y desconoce el brazo que la hicie: muy pocos hombres de esta generacion materialista se hallan en estado de conocer la data, la naturaleza y la enormidad de ciertos crímenes cometidos por los individuos, por las naciones y por las soberanías. Méno aun se hallan en estado de comprender el genero de expiacion que estos crímenes necesitan, y el prodigio adorable que fuerza al mal á limpiar con sus propias manos el sitio que el Arquitecto eterno ha demarcado con sus ojos para sus maravillosas construcciones. Los hombres de este siglo han tomado su partido. Se han jurado á sí mismos

mirar siempre á la tierra (1); pero descender á otros pormenores sería inútil, y tal vez pernicioso. Nos está intimado profesar la verdad con amor (2). En ciertas ocasiones es menester no enseñarla sino con miramiento; y á pesar de todas las precauciones imaginables, el paso será resbaladizo aun para el escritor de mas alma y de mejor intencion. El mundo por otra parte abraza una multitud innumerable de hombres tan perversos, tan profundamente corrompidos, que si alcanzaran el poder de dudar sobre ciertas cosas, podrian redoblar su maldad, y hacerse, por decirlo asi, culpables como los ángeles rebeldes. ¡Ah! Antes su embrutecimiento se *engrose*, si es posible, para que no lleguen á ser tan culpables como los hombres pueden serlo. La obcecacion es sin duda un castigo terrible; sin embargo, deja á veces algunos vislumbres de amor. Es todo lo que puede convenir se diga en este momento.

Mayo de 1809.

(1) *Oculos suos statuerunt declinare in terram, Ps. xvi. 11.*

(2)Eph. iv. 15. Expresion que no se puedo traducir. La Vulgata queriendo mas bien y con razon hablar exacta, que latinamente, dice: *Facientes veritatem in charitate.*

APENDICE.

NOTA SOBRE EL NUMERO II.

En el *Entretien*, ó conversacion sexta des Soires ó veladas de S. Petersburg, convence el autor que Locke siempre es vago y perplejo en el pensamiento y la expresion, manifestando constantemente un juicio débil y precipitado. Hablando del *Essay de l'esprit humain*, asienta que tiene todos los defectos que manifiesta victoriosamente. Véase la entrada. „El „prefacio mismo es chocante sobre toda expresion. Yo espero, dice Locke, no sentirá su „dinero; qué olor de almacén! Continúad y ve, „réis que su libro es el fruto de algunas horas „molestas en que no sabia qué hacer. Que se „ha divertido mucho al componer esta obra „con el placer mismo que se tiene en cazar „alondras ó gorriones, ó en correr zorros y „venados. Que su libro, en fin, fué empezado „por casualidad; continuado por complacencia; „escrito á trozos incohexos; dejado y tomado „con frecuencia segun el antojo y la ocasion, „pág. 450.”

mirar siempre á la tierra (1); pero descender á otros pormenores sería inútil, y tal vez pernicioso. Nos está intimado profesar la verdad con amor (2). En ciertas ocasiones es menester no enseñarla sino con miramiento; y á pesar de todas las precauciones imaginables, el paso será resbaladizo aun para el escritor de mas alma y de mejor intencion. El mundo por otra parte abraza una multitud innumerable de hombres tan perversos, tan profundamente corrompidos, que si alcanzaran el poder de dudar sobre ciertas cosas, podrian redoblar su maldad, y hacerse, por decirlo asi, culpables como los ángeles rebeldes. ¡Ah! Antes su embrutecimiento se *engrose*, si es posible, para que no lleguen á ser tan culpables como los hombres pueden serlo. La obcecacion es sin duda un castigo terrible; sin embargo, deja á veces algunos vislumbres de amor. Es todo lo que puede convenir se diga en este momento.

Mayo de 1809.

(1) *Oculos suos statuerunt declinare in terram, Ps. xvi. 11.*

(2)Eph. iv. 15. Expresion que no se puedo traducir. La Vulgata queriendo mas bien y con razon hablar exacta, que latinamente, dice: *Facientes veritatem in charitate.*

APENDICE.

NOTA SOBRE EL NUMERO II.

En el *Entretien*, ó conversacion sexta des Soires ó veladas de S. Petersburg, convence el autor que Locke siempre es vago y perplejo en el pensamiento y la expresion, manifestando constantemente un juicio débil y precipitado. Hablando del *Essay de l'esprit humain*, asienta que tiene todos los defectos que manifiesta victoriosamente. Véase la entrada. „El „prefacio mismo es chocante sobre toda expresion. Yo espero, dice Locke, no sentirá su „dinero; qué olor de almacén! Continúad y ve, „réis que su libro es el fruto de algunas horas „molestas en que no sabia qué hacer. Que se „ha divertido mucho al componer esta obra „con el placer mismo que se tiene en cazar „alondras ó gorriones, ó en correr zorros y „venados. Que su libro, en fin, fué empezado „por casualidad; continuado por complacencia; „escrito á trozos incohexos; dejado y tomado „con frecuencia segun el antojo y la ocasion, „pág. 450.”

Prosigue impugnando los errores de Locke, y en la pág. 508 dice: „Locke no tomó la pluma mas que para *argüir* y *contradecir*; y su libro, puramente negativo, es una de las muchas producciones abortadas por aquel mismo espíritu que ha depravado talentos muy superiores al de Locke. El otro carácter chocante, distintivo é invariable de este filósofo, es la superficialidad. Nada comprende á fondo, nada profundiza, porque principalmente querria yo hacerlos advertir en él, como el signo mas terminante de su mediocridad, aquel defecto que tiene de pasar al lado de las mayores cuestiones sin advertirlas. Os puedo presentar un ejemplar patente que se ofrece ahora á mi memoria. En cierta parte dice con un tono magistral, que no hay con que pagar: *confieso que me ha cabido en suerte una de aquellas almas burdas que tienen la desgracia de no comprender que el alma tiene siempre mas necesidad de pensar que el cuerpo de moverse, siendo así, segun me parece, que el pensamiento es al alma lo que el movimiento al cuerpo.*” A fe mia! Perdóneme Locke, pero yo no hallo que cercenar en este bello pasage sino el chiste. ¿Dónde ha visto él

materia en reposo? Véase, pues, que él pasa, como decia poco ha, á la orilla de un precipicio sin advertirlo. No pretendo sostener que el movimiento sea esencial á la materia: yo la creo sobre todo indiferente á cualquiera direccion &c.

Despues de asentar que la reputacion de los libros depende de las circunstancias mas que del mérito intrínseco, dice: „Locke era ingles.” La Inglaterra es propia para brillar en toda época, pero no consideremos ahora sino el principio del siglo XVIII. Ella poseia entonces á Newton, y reprimia á Luis XIV. ¡Qué oportunidad para sus escritores! Locke la aprovechó. A pesar de todo, su inferioridad es tal, que no habria logrado aceptacion á lo ménos en este punto, si no le hubiesen favorecido otras circunstancias. El espíritu humano, suficientemente preparado con el protestantismo, empezaba á indignarse por su timidez, y se disponia á deducir osadamente todas las consecuencias de los principios puestos en el siglo XVI. Una secta espantosa empezaba á organizarse por su parte. Era tambien una buena fortuna para ella un libro compuesto por un hombre muy acreditado y aun cristiano ra-

cional, en quien todos los principios de la filosofía mas fútil y detestable se hallaban abrigados por una reputacion merecida, envueltos en formas sabias, y guarnecidos segun la necesidad con algunos textos de la sagrada Escritura; el genio del mal no podia recibir este regalo sino de alguna de las tribus desmembradas, porque si tan péfida amalgama hubiese sido en Jerusalem, una religion vigilante é inexorable la habria desacreditado. Nació, pues, el libro donde debia nacer, y salió de una mano hecha de intento para satisfacer los designios mas perniciosos. Puntualmente gozaba Locke de una estimacion general. Se titulaba cristiano; habia escrito en favor del cristianismo segun sus fuerzas y preocupaciones, y una muerte muy edificante acababa de poner fin á una vida santa y laboriosa segun la relacion de *Saverien* (*en la petite histoire des philosophes*); ¡cuánto debieron regocijarse los conjurados al ver que un hombre tal establecia todos los principios que ellos necesitaban, y principalmente que favorecia al materialismo *por delicadeza de conciencia*! Se abalanzaron pues sobre el aciago *Essay*, y lo hicieron valer con un ardor que no se puede

comprender sin una atencion particular. Recuerdo haberme estremecido tiempo ha, viendo uno de los ateos, quizá mas obstinados que ha habido nunca, recomendar á los desdichados jóvenes la lectura del Locke compendiado, y por decirlo así, reconcentrado por una pluma italiana, que habria podido ejercitarse de otra manera mas conforme á su vocacion. *Leedle*, les decia con entusiasmo, *ledlo y aprendedlo de memoria*. Habria querido, como dice madama de Sevigné, *dárselos á borbollones*: Hay una regla segura para calificar los libros como á los hombres, aun sin conocerlos. Basta saber de *quienes son amados* y *de quienes aborrecidos*. Esta regla no engaña jamas. Luego que se le vea puesto en moda por los enciclopedistas, traducido por un ateo, y alabado sin medida por el torrente de los filósofos del último siglo, téngase por cierto sin otro exámen, que su filosofía es, cuando ménos en sus bases generales, falsa y perjudicial. Por la razon contraria, su filosofía es buena si se ve á estos mismos filósofos muchas veces embarazados por este escritor, y despechados contra alguna de sus ideas que tratan de llevarlas hácia la sombra, y tomarse la licencia

de mutilar atrevidamente ó alterar sus escritos. El Ensayo sobre el entendimiento humano es ciertamente, ora se le admita, ora se deseché, todo lo que el defecto absoluto de genio ó de estilo puede producir de mas abrumador.

Si volviere al mundo Locke, que era muy honrado, lloraria amargamente al ver sus errores aguzados por el método frances, convertidos en infelicidad y afrenta de una generacion entera. Obsérvese que Dios ha proscrito esta vil filosofia aun haciendo visible el anatema. Recórranse los libros de sus sectarios, y no se hallará una linea que indique siquiera gusto ni virtud. Ella es la muerte total de religion, de pensamientos exquisitos y de rasgos sublimes....

Pero volviendo á la fortuna de los libros, ella se explicará precisamente como la de los hombres: para unos y otros hay una fortuna que es una verdadera maldicion, y nada tiene comun con el mérito. El suceso solo no prueba nada. Débese principalmente desconfiar de una preocupacion muy comun y muy natural, y sin embargo enteramente falsa: Tal es la de creer que la gran reputacion de un libro supone un conocimiento muy extenso y muy

fundado del mismo libro. No hay nada de esto; yo lo aseguro. Un número muy corto de hombres fija desde el principio la opinion, pues los mas no juzgan ni pueden juzgar sino por lo que unos dicen sobre la fe de otros. Ellos mueren, y esta opinion les sobrevive. Los nuevos libros que sobrevienen no dejan leer los otros; y en la misma conformidad tampoco son estos calificados sino por algunos caracteres generales, algunas analogias superficiales, y á veces tambien falsas....

Los literatos franceses leian muy poco en el último siglo; primero porque vivian una vida muy disipada; despues porque escribian demasiado, y al fin porque el orgullo casi no les permitia suponer que tuviesen necesidad de pensamientos ajenos. Hombres tales, tenian otras muchas cosas que hacer para que leyeran á Locke. Tengo fuertes razones para sospechar que no han leído á Locke casi todos aquellos que lo ensalzan, lo citan, y aun se dan el aire de explicarlo. Es un grande error el de creer que para citar con apariencia bastante fuerte de hablar con conocimiento de causa, sea necesario haberlo leído á lo ménos con atencion, y completamente. Se lee el pa-

sage ó la línea que se necesita; se léen algunas líneas del índice para sacar el texto que se busca y apoyar las propias ideas; y esto es en sustancia todo lo que se quiere; ¿para qué lo demas? Hay tambien arte para hacer hablar á los que han leído, y ved cómo es posible que el libro de que se habla mas, sea en efecto el ménos conocido por la lectura. Hé aquí lo bastante sobre esta reputación tan grande y tan poco conocida. Vendrá un día, y acaso no está léjos, en que Locke sea unánimemente colocado entre los escritores que mas daño hayan hecho á los hombres. Sin embargo de quanto le he reprendido, de cuantos defectos le he opuesto, de cuantas faltas le he sacado, no he tocado apénas sino una parte de sus errores, y tal vez la menor. Despues de haber puesto los cimientos de una filosofia tan falsa como peligrosa, este fatal espíritu se dirigió hácia la política con un éxito no ménos deplorable. Habló tan mal sobre el origen de las leyes, como sobre el de las ideas; y sobre este apoyo estableció los principios cuyas consecuencias vemos. Estas semillas terribles habrian quizá abortado en silencio bajo el yelo de su estilo; pero avivadas por el lodo cá-

lido de París, produjeron el monstruo revolucionario que ha devorado á la Europa.

... El es quien por desdicha reina en Europa tres siglos ha; él quien niega todo, él quien conmueve todo, quien protesta contra todo: sobre su frente de bronce está escrito ¡No! Tal es el verdadero título del libro de Locke, el cual puede ser considerado como el prefacio de toda la filosofia del siglo XVIII, que toda es negativa, y de consiguiente nula. Léase el *Ensayo*, y en cada página se advertirá que no fué escrito mas que para contradecir las ideas recibidas, y mayormente para humillar una autoridad que daba en cara á Locke sobre quanto puede expresarse. Locke mismo nos dijo sin rodeos su secreto. *Estaba mal*, dice, *con cierta especie de gentes que hacen de maestros y doctores, y que esperan tener mejor despacho con los hombres, cuando al auxilio de una ciega credulidad puedan hacerles tragar los principios sobre los que no sea ya permitido disputar.* Investiga cómo los hombres llegan á lo que ellos llaman sus principios? y rompe con una observación notable. *Puede parecer extraño*, dice, *y sin embargo nada es ménos raro ni mejor probado por una experiencia dia-*

ria que algunas doctrinas (debió expresar cuáles) sin un origen mas notable que la superstición de una nodriza ó la autoridad de una vieja, incrementan al fin, así en religion como en moral, hasta la dignidad de principios por la operacion del tiempo y por la complacencia de los oyentes. No se trata aqui del Japon ni del Canadá; aun ménos de hechos raros y extraordinarios: se trata de lo que todo hombre puede ver todos los dias de su vida. Nada es ménos equivoco, como se vé; pero me parece que Locke tocó los limites del ridículo cuando al márgen de este bello capitulo (el 3, lib. 16. 22.), escribió: *¿De dónde nos ha venido la opinion de los principios innatos?* Era menester hallarse poseido de la enfermedad del siglo XVIII, hijo del XVI, para atribuir al sacerdocio la invencion de un sistema, por desgracia acaso tan raro, pero ciertamente tan antiguo tambien como el buen sentido.

Todavía una palabra sobre la reputacion de Locke. ¿Por ventura se créé general? ¿Se han computado los votos, ó lo que es mas importante, se han pesado? Si se puede distinguir la voz de la sabiduría entre la gritería de la ignorancia y del espíritu de partido, podrá entón-

ces saberse que *Locke es muy poco estimado como metafísico en su propia patria* (1); que sobre el punto fundamental de su filosofía, entregado, como sobre otros muchos á la ambigüedad y parlería, está convicto de no haberse entendido á sí mismo (2); que su primer libro, base de todos los otros, es el peor de todos (3); que en el segundo no trata mas que superficialmente de las operaciones del alma (4); que la obra entera está inconexa y hecha segun la ocasion (5); que su filosofía del alma es futilísima, y no vale la pena de refutarla seriamente (6): que ella contiene opiniones tan absurdas como funestas en sus consecuencias (7); que cuando

(1) Spectateur francois 19. Esicéle tom. 1. n. 35. p. 249.

(2) Humes Essays into hum. underst, sect. 3. London 1758 in 4.º p. 292.

(3) Beattie, Unthe nature and in mutability of truth II. 2. 1.

(4) Condillac Essai sur l'orig. des conn. hum. Paris in 8.º 1793. introd. p. 15.

(5) Id. ibid p. 13. el mismo Locke en el prólogo.

(6) Leibnitz. opp. tom. 5 in 4.º p. 304. Epis. ad Korth. fothis philoophicat con undrum (la tabla rasa) le confes. I cangive no serions ansiven. doct. Beattie idid.

(7) Id. ibid.

no son falsas ni peligrosas, tampoco son buenas sino para los jóvenes, y aun entónces hasta cierto punto (1); que si Locke hubiera vivido bastante para ver las consecuencias que se deducian de sus principios, él mismo habria arancado con indignacion las hojas culpables (2). Por lo demas, es bueno advertir que dificilmente será trastornada la opinion de Locke miéntras sea sostenida por las grandes naciones.

II.

SOBRE LA NOTA AL NUM. II.

1.º La América inglesa tenia un rey, pero no lo veía nunca. El esplendor de la monarquía le era extraño, y el Soberano era para ella como una especie de poder sobrenatural, que no cae bajo los sentidos.

2.º Poseía el elemento democrático, que existe en la Constitucion de la Metrópoli.

3.º Tenia de sus antepasados los tres poderes, y ademas muchos hembres, que fueron

(1) Leibnitz tom. 5 lóc. cit.

(2) Beattie ubi sup. p. 16 y 17.

trasportados á ella entre la multitud de sus primeros colonos, que habian nacido en medio de las turbulencias religiosas y políticas, y eran casi todos republicanos. En sus leyes se advierten síntomas de debilidad y caducidad. Consid. cap. 7.

III.

SOBRE EL NUMERO IX.

El Legislador se asemeja al Criador: no trabaja siempre: produce, y luego reposa. Toda verdadera legislacion tiene su *sábado*. Quod caret alterna requie, durabile non est. Ovid.

La revolucion Francesa en ménos de seis años hizo 15.479 leyes.....á saber.

La Asamblea nacional desde 1.º de julio de 789 á octubre de 791... 2.557.

La Asamblea legislativa en once meses y medio..... 1.712.

La Convencion nacional desde la República hasta 26 de octubre de 1795..... 11.210.

15.479.

La *Quotidiana* de 30 de noviembre de 1796 dijo que la República francesa poseia dos mi-

no son falsas ni peligrosas, tampoco son buenas sino para los jóvenes, y aun entónces hasta cierto punto (1); que si Locke hubiera vivido bastante para ver las consecuencias que se deducian de sus principios, él mismo habria arancado con indignacion las hojas culpables (2). Por lo demas, es bueno advertir que dificilmente será trastornada la opinion de Locke miéntras sea sostenida por las grandes naciones.

II.

SOBRE LA NOTA AL NUM. II.

1.º La América inglesa tenia un rey, pero no lo veía nunca. El esplendor de la monarquía le era extraño, y el Soberano era para ella como una especie de poder sobrenatural, que no cae bajo los sentidos.

2.º Poseía el elemento democrático, que existe en la Constitucion de la Metrópoli.

3.º Tenia de sus antepasados los tres poderes, y ademas muchos hembres, que fueron

(1) Leibnitz tom. 5 lóc. cit.

(2) Beattie ubi sup. p. 16 y 17.

trasportados á ella entre la multitud de sus primeros colonos, que habian nacido en medio de las turbulencias religiosas y políticas, y eran casi todos republicanos. En sus leyes se advierten síntomas de debilidad y caducidad. Consid. cap. 7.

III.

SOBRE EL NUMERO IX.

El Legislador se asemeja al Criador: no trabaja siempre: produce, y luego reposa. Toda verdadera legislacion tiene su *sábado*. Quod caret alterna requie, durabile non est. Ovid.

La revolucion Francesa en ménos de seis años hizo 15.479 leyes.....á saber.

La Asamblea nacional desde 1.º de julio de 789 á octubre de 791... 2.557.

La Asamblea legislativa en once meses y medio..... 1.712.

La Convencion nacional desde la República hasta 26 de octubre de 1795..... 11.210.

15.479.

La *Quotidiana* de 30 de noviembre de 1796 dijo que la República francesa poseia dos mi-

liones y algunos centenares de miles de leyes, que estaban impresas, y 1.800.000 que no lo estaban. Consid. cap. 7.

IV.

SOBRE EL NUMERO XVII.

El sistema representativo es una produccion ó una pieza del feudal cuando llegó á su madurez y equilibrio, y que, considerado su conjunto, es lo mas perfecto que se ha visto en el universo (Montesq. Esp. &c. lib. 11. chap. 8). La autoridad real formó los *comunes*, y los llamó á las asambleas nacionales adonde concurrían por medio de mandatarios. Tal es el origen del sistema representativo.

Jurado y Pares, proceden de que el señor feudatario llamaba á su corte cierto número de vasallos, quienes juramentados juzgaban las causas pendientes de sus *iguales*.

Inglaterra es la que entre todas las naciones ha conservado mas este sistema; en ella se ve:

1.º Que principió en el siglo XIII (Hum. t.

1. Apend. 1. 2.)

2.º No fué una invencion, ni efecto de un

deliberacion, ni de accion alguna del pueblo, sino que un soldado ambicioso estableció los tres poderes despues de la batalla de Leives.

3.º La convocacion de los comunes fué gracia del monarca, quien nombró los representantes hasta el viaje de Eduardo III á la Palestina, durante el cual los comunes se abrogaron la eleccion.

4.º Que hasta el siglo XV, en que la cámara de los comunes adquirió la potestad legislativa, ellos no tuvieron sino voto *consultivo*, y sus peticiones eran despachadas por el rey y los señores espirituales y temporales.

Pero es invencion del dia: I.º Que todo el pueblo sea representado.

II. Que no lo pueda ser sino en virtud de un mandato.

III. Que todo *ciudadano*, excepto muy pocos, sea hábil activa y pasivamente para todo.

IV. Que sea con abolicion de toda distincion y funcion hereditaria. Por descuido ó con mala fe se da por supuesto *que* solo el *mandatario* puede ser *representante*. El menor, el demente y el ausente son representados por hombres que tienen de la ley su mandato ó su poder. El pueblo reúne emin-

temente estas cualidades. Siempre menor, siempre demente, y siempre ausente, ¿por qué no podrán sus tutores pasarse sin sus mandatos? Aquello de Rousseau, que la voluntad nacional no puede ser delegada, es una cuestion de colegio. La prohibicion de dar mandatos especiales á los representantes, y la otra invencion de convertirlos en representantes generales de la nacion, es restrictiva, ó mas claro, exclusiva de la *soberanía* del pueblo.

El mal nada tiene de comun con la existencia. El no puede crear, pues que su fuerza es puramente negativa: *el mal es el cisma del ser*; él no es una cosa verdaderamente existente. ¿Y qué se ve sino el mal en los nuevos gobiernos? Bajeza, crueldad, inmoralidad; el olvido de todo pudor, la confluencia de todos los vicios hácia la capital.

¿Qué especie de libertad es esta que empieza por la gangrena? ¿Una prostitucion impudente del raciocinio y de todas las palabras hechas para expresar las ideas de justicia y de virtud?

Objetan que una bárbara ignorancia ha dirigido la formacion de muchos establecimientos politicos. Sea así; pero la barbarie sábia,

la atrocidad sistemática, la corrupcion calculada, y sobre todo la irreligion, nunca han producido nada. El verdor conduce á la madurez, pero la putrefaccion á la nada. Consid. &c. chap. 4.

Todas las instituciones imaginables se apoyan sobre una idea religiosa, ó no duran: son fuertes y duraderas á proporcion que son *divinizadas*, si es permitido explicarse así. La razon humana, ó lo que se llama *filosofía*, sin saber lo que se dice, no puede suplir estas bases que se llaman *supersticiosas*, siempre sin saber lo que se dice, pues la filosofía es al contrario, una *potencia esencialmente desorganizadora*.

Todas las instituciones desde un imperio hasta una cofradía, tienen su base divina que les dá la existencia, la defensa y la conservacion. Entónces existen por *el que es*.

Cuando un hombre se pone, segun sus fuerzas, en relacion con el Criador, y produce así una iastitucion en nombre de la Divinidad, cualquiera que sea su debilidad personal, su ignorancia, su pobreza, su nacimiento obscuro, en una palabra, su absoluta desnudez de todos los medios humanos, sin embargo, participa en algun modo de la Omnipotencia, cuyo instrumen-

to comparece: produce obras cuya fuerza y duracion asombran á la razon....No es menester remontarse hasta el hijo de Ismael, (Rousseau cont. soc. lib. 2 c. 7.) ni hasta Licurgo, Numa ó Moises, cuyas legislaciones fueron todas religiosas: una fiesta popular, una danza rústica bastan al observador: todas han tenido un origen religioso, que tal vez se halla olvidado. Consid. &c. chap. 5.

V.

(SOBRE EL NUMERO XXII.)

Exámense lo mas maravilloso que hay en el hombre, la palabra; se advertirá el misterio, es decir, la division inexplicable y la tendencia hácia una cierta unidad tambien inexplicable. Las dos épocas mas grandes del mundo espiritual, son sin duda la de *Babel*, en que se dividieron las lenguas; y la de *Pentecostés*, en que hicieron un maravilloso esfuerzo para reunirse....Véase como habiendo sido dividido todo, todo desea la reunion: iniciados los hombres por este mismo afecto no cesan de certificarlo en mil maneras. Han querido, por

ejemplo, que la palabra *union* significase *ternura*, y esta palabra ternura no significa sino disposicion á la union: todos sus signos de *adhesion*, (otra palabra criada por el mismo sentimiento) son uniones materiales. Ellos se tocan las manos, se abrazan. Por ser la boca el órgano de la palabra, la que tambien es el órgano y la expresion de la inteligencia, han creido todos los hombres que en la aproximacion de dos bocas humanas habia alguna cosa sagrada que anunciaba la mezcla de dos almas....

Con gran conocimiento de causa, la Religion ha llevado al altar el *ósculo de paz*.... Los SS. Padres se quejan de que el crimen se atreva á servirse en sus excesos de un signo santo y misterioso....Nuestra unidad reciproca resulta de nuestra unidad en Dios tan celebrada por la filosofia misma. El sistema de Malebranche de la vision en Dios, no es mas que un excelente comentario de aquellas palabras tan conocidas de S. Pablo: *En él vivimos, nos movemos y existimos*. El *Panteismo* de los Stoicos y el de Spinoza son una corrupcion de esta grande idea; pero es siempre el mismo principio: esta tendencia hacia la

unidad. . . . Malebranche, tan desatendido de su injusta y ciega patria, dijo que *Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos*. . . . Compara las inteligencias humanas á las aguas corrientes que han salido todas del Océano, y no se agitan sino para volver á él. . . . pero todas estas aguas no pueden mezclarse con el Océano sin mezclarse entre sí. . . . Una infinidad de espectros luminosos de igual dimensión si inciden exactamente en un mismo lugar, no serán ya muchas, sino un espectro infinitamente luminoso. . . . Todo el universo nos conduce á esta misteriosa unidad.

San Pablo inventó una palabra que ha sido adoptada en todas las lenguas cristianas, es la de *edificar*: la cual etoca mucho á primera vista, porque ¿qué hay de comun entre la fábrica de un edificio y el buen ejemplo que se da al prójimo?

Pero se descubre pronto la raíz de esta expresión. El vicio separa á los hombres, lo mismo que la virtud los une. No hay un acto desordenado que no produzca un interes particular contrario al órden general, como no hay un acto puro que no sacrifique algun interes particular en favor del interes general, es de-

cir, que no conspire á formar una voluntad regular y única, en lugar de los millares de voluntades divergentes y culpables. San Pablo parte de la idea fundamental, que todos somos el edificio de Dios; y que este edificio, que debemos levantar, es el cuerpo del Salvador (Cor. III. 9.). Da vueltas á esta idea de muchas maneras: quiere que unos edifiquen á otros; esto es, que cada hombre tome voluntariamente lugar como una piedra de este edificio espiritual, y que se esfuerce convocando á los demas para que todo hombre *edifique y sea edificado*. Principalmente profiere esta célebre sentencia: *La ciencia insta*, pero la *caridad edifica*; palabras admirables y de una verdad que se palpa; porque la ciencia concentrada en sí misma divide en lugar de unir, y todas sus construcciones no son mas que apariencias; al paso que la virtud *edifica* realmente, y no puede obrar sin *edificar*. San Pablo habia leído en el sublime Testamento de su Maestro, que los hombres son uno y muchos como Dios (Joan. XVII.), de modo que todos *son encaminados y consumados en la unidad*, porque hasta entónces la obra no está acabada. . . . *Dixième Entretien*.

VI.

SOBRE EL NUMERO XXVII.

Vosotros los franceses sois una potencia terrible! Nunca existió nacion mas proporcionada á equivocarse, ni mas difícil de desengañarse ni mas poderosa para engañar á las otras. Dos caracteres particulares os distinguen de todos los pueblos del mundo: el espíritu de asociacion y el de proselitismo. Las ideas entre vosotros todas son nacionales y todas apasionadas. Me parece que un profeta de ahora veinte y cinco siglos os pintó al natural con un solo rasgo de su fiero pincel, cuando dijo: *Cada palabra de este pueblo es una conjuracion* (1): la chispa eléctrica, recorriendo como el rayo de donde sale una masa de hombres en comunicacion, representa débilmente la invasion instantánea, ó diré, casi fulminante de un gusto, un sistema, de una pasion entre los franceses que no pueden vivir *aislados*: cuando no obrárais sino sobre vosotros mismos, se os dejaría hacer; mas la propension, la nece-

[1] Isai.

sidad, el furor de obrar sobre los otros, es el rasgo mas sobresaliente de vuestro carácter. Podría decirse que este rasgo es *vosotros mismos*. Cada pueblo tiene su mision, y tal es la vuestra. La menor opinion que vosotros disparais sobre la Europa, es un ariete empujado por treinta millones de hombres. Anhelando sin descanso por aventajar é influir, parece que no vivis sino para contentar esta ansiedad: y como una nacion no puede haber recibido un destino sin los medios para desempeñarlo, vosotros lo habeis recibido en vuestra lengua, con la cual reinais aun mas que con las armas, á pesar que ellas han estremecido al universo. El imperio de esta lengua no se cifra en sus formas actuales: es tan antiguo como ella misma. Ya en el siglo XIII un italiano escribia en frances la historia de su patria, „porque la lengua corria por el mundo, y era la mas agradable de todas para leer y para oir.” Hay otros mil pasages como este. Recuerdo haber leído una carta del famoso arquitecto *Cristoval Wren*, en que inquiera las dimensiones que deben darse á una iglesia. Las determina únicamente por el alcance de la voz humana; y debia ser así, porque la predicacion

es parte muy principal del culto, y casi todo el culto en los templos que han visto cesar el sacrificio. Fija pues unos limites, fuera de los cuales la voz ya no es mas que ruido para el oido ingles: *pero dice tambien: un orador frances se haria oir de mas lejos, porque su pronunciacion es mas clara y mas firme.* Lo que Wren dijo de la palabra oral, me parece todavia mas verdadero respecto de esta palabra penetrante en muy diversa manera, que resuena en los libros. Siempre se oye mas lejos la de los franceses, porque el *estilo es un acento.* Oh! si esta fuerza misteriosa, mal explicada hasta aquí, y no ménos poderosa para el bien que para el mal, se convirtiera cuanto ántes en órgano de un proselitismo saludable capaz de consolar á la humanidad de todos los males que le habeis causado vosotros! Pero mi señor, miéntras vuestra incomprendible nacion siga infatuada con Locke, solo espero de Inglaterra que lo ponga en su lugar. . . . Como en el estudio de la filosofia el desprecio de Locke es el principio del bien saber, los ingleses se conduciran de una manera muy digna de ellos, y harian un verdadero servicio al mundo si tuvieran la prudencia de aniquilar una reputa-

cion que en manera alguna necesitan. *El cedro del Libano no se empobrece, sino que se hermosea sacudiendo una rama seca.*

VII.

SOBRE EL NUMERO XXIX.

El hombre modifica todo, pero no cria nada, ni puede.

Las constituciones deben su origen ó á una multitud de las circunstancias que llamamos fortuitas, ó á un autor que se considera como un fenómeno, y que se hace obedecer. El derecho que Dios se ha reservado de reglar las sociedades y nuestra debilidad humana, se demuestran observando: 1.º Ninguna constitucion resulta ó emana de una deliberacion; los derechos de los pueblos jamas fueron escritos; ó á lo ménos los actos constitutivos ó las leyes fundamentales escritas, nunca son mas que títulos declaratorios de los derechos anteriores, sobre los cuales no puede decirse otra cosa sino que existen porque existen (Sydney, disc. sur le grav. tom. i. §). Era necesario ser loco para preguntar quién dió la liber-

tad á las ciudades de Esparta, Roma, &c. Estas repúblicas no han recibido sus cartas de los hombres; Dios y la naturaleza se las dieron.

2.º No habiendo Dios juzgado conveniente emplear en esto medios sobrenaturales, á lo ménos circunscribió la accion humana para que en la formacion de las constituciones lo hicieran todo las circunstancias; y los hombres mismos no sean en este punto sino circunstancias: es muy frecuente que corriendo hácia un fin se alcance otro, como se ha visto en la constitucion inglesa.

3.º Los derechos *del pueblo*, propiamente dicho, provienen comunmente de la concesion de los soberanos, en cuyo caso pueden constar históricamente: pero los derechos del soberano y de la aristocracia, al ménos los derechos esenciales constituidos y *radicales*, si se puede hablar así, no conocen data ni autores.

4.º Aun las concesiones de los soberanos han sido siempre precedidas de un estado de cosas que las exigian y el cual no era dependiente.

5.º Aunque las leyes escritas no sean mas

que declaraciones de derechos anteriores, sin embargo es muy necesario que se escriba todo lo que pueda ser escrito; hay tambien en cada constitucion algunas cosas *que no pueden ser escritas*. Hume. Hist. Charles. l'chap. 53. Note 5. Este punto de la constitucion inglesa (el derecho de peticion) es muy dificil, ó por mejor decir, imposible de arreglarlo con leyes: debe ser dirigido por ciertas ideas delicadas de congruencia y decencia, mas bien que por la exactitud de leyes y ordenanzas.

6.º Cuanto mas se escriba, tanto mas débil será una constitucion. Las leyes solamente son declaraciones de los derechos, y los derechos no son declarados sino cuando son atacados; de forma que la mutiplicidad de las leyes constitucionales no prueba mas que la mutiplicidad de las cosas, y el peligro de una destruccion. Véase por qué la institucion mas vigorosa de la antigüedad profana, fué la de Lacedemonia, donde no se escribió nada.

7.º Ninguna nacion puede darse la libertad si ella no la tiene (*Machiavelo Discorsi sop. 1. Livio 1. 1. 5. 16. Un populo uso avivere soto un principe, se por qualche accidente diventa libero con dificolta mantiene la liberta*).

Cuando comienza á reflexionar sobre sí misma, sus leyes ya están hechas. La influencia humana no llega mas que á deslindar los derechos existentes que eran desatendidos ó disputados. Si los imprudentes traspasan estos límites con reformas temerarias, la nación pierde lo que tenía sin alcanzar lo que quiere. De aquí resulta la necesidad de no innovar sino rarísima vez, y siempre con moderacion y temblando.

8.º Cuando la providencia ha decretado la formacion mas rápida de una constitucion política, comparece un hombre revestido de un poder indefinible: él habla y se hace obedecer; pero estos hombres maravillosos acaso no pertenecen mas que al mundo antiguo y á la juventud de las naciones. Como quiera que sea, véase el carácter distintivo de estos legisladores por excelencia. Son reyes, ó eminentemente nobles; y respecto á esto no hay ni puede haber excepcion alguna. Por aquí pecó la institucion de Solon que fué la mas débil de la antigüedad (Plutarco conoció bien esta verdad. „Solon, dice, no pudo llegar á sostener largo tiempo una ciudad en union y concordia.... porque habia nacido de una raza popular, y

no era de los mas ricos de su ciudad, sino únicamente de los del estado medio. (*Vide Solon. trad. d'Amyot*). Los dias prósperos de Aténas que solamente fueron pasajeros, no vieron las interrupciones de las conquistas y de las tiranías. El mismo Solon alcanzó á los Pisistratidas. *Haec extrema fuit aetas imperatorum atheniensium Yphycratis, Chrabiae Timothei: neque post illorum obitum quisquam dux in illa urbe fuit dignus memoria.* (C. Nepos, *vida Timoth. c. 4.*) De la batalla de Marathon á la de Leucade ganada por Timoteo pasaron 114 años. Este es el diapason de la gloria de Aténas. Tambien este fué interrumpido por las conquistas y tiranías, y Solon mismo alcanzó á ver los Pisistratidas.

9.º Aun estos legisladores con todo su poder extraordinario no hacen mas que reunir los elementos preexistentes en las costumbres y el carácter de los pueblos: pero esta reunion, esta formacion rápida que participan de la creacion, no se ejecutan sino en nombre de la Divinidad: la política y la Religion se parecen mucho: se apoyan mutuamente: apenas se distingue entre el legislador y el sacerdote: sus instituciones políticas consisten principalmente en

ceremonias y vocaciones religiosas (*Plutarque vie de Numa*).

10. La libertad en un sentido ha sido siempre un don de los reyes, porque todas las naciones libres fueron constituidas por los reyes. Esta regla, y las excepciones que pudieran indicarse, volverian á la regla si fuesen discutidas (*Neque ambigetur quin Brutus, idem, qui tantum gloriæ „Superbo exacto rege, meruit, pessimo publico id facturus fuerit, si libertatis, innaturæ cupidine priorum regum alicui regnum extorsisset. T. Livio. 2. 1.*)

11. Nunca existió nacion libre que no tuviera en su constitucion natural las semillas de la libertad tan antigua como ella misma; y nunca nacion alguna intentó en efecto discernir con sus leyes fundamentales escritas, otros derechos, que los ya existentes en su constitucion natural.

12. Una junta, cualquiera que sea de hombres, no pueden constituir una nacion; y aun esta empresa excede en locura á todo cuanto los *Bedlams* del universo pueden producir de mas absurdo. (*E necessario che uno solo si aquello che dia il modo, et della cui mente dipenda qualconque simile osservazione. Machiav. disc. Sop. T. Livio l. 1. c. v.*)

13. He hablado *hasta aquí* de un carácter principal de los verdaderos legisladores; véase ahora otro, que es muy notable y sobre el cual era fácil escribir un libro. El es, que los legisladores jamas son de aquellos que se dicen *sabios*. No escriben, sino que obran por instinto y por impulsión, mas bien que por racionio. No tienen para obrar otro instrumento, que una cierta fuerza moral, que doblega las voluntades, como el viento encorva las mieses.

Entre la política teórica y la legislación constituyente hay la misma diferencia que existe entre la poética y la poesía. El ilustre Montesquieu es á Licurgo en la escala general de los espíritus lo que *Batteur* á Homero ó á Racine.

Todavía mas: estos talentos se excluyen positivamente, como se vió por el ejemplo de *Locke*, que resbaló miserablemente cuando intentó dar leyes á los Americanos. No hay razon alguna para excluir á un hombre comun de que pueda ser un diestro legislador. Al ver lo se puede decir *si* ó *no*. Pero si se trata de *Bacon*, de *Locke*, de *Montesquieu*, dígase *no*, sin vacilar, porque un talento que se tiene, prueba que no se tiene el otro. *Platon*, *Zenon*, *Chrissyppo*, hicieron libros, pero *Licurgo* hizo actas. (*Plutarq. vie de Licurgo.*)

¿Qué es una constitucion? ¿No es la solucion del siguiente problema? *Dadas la poblacion, las costumbres, la religion, la situacion geográfica, las relaciones politicas, las riquezas, las buenas o malas cualidades de una determinada nacion, hallar las leyes que le convengan.* *Consid.* Chapit. vi.

VIII.

SOBRE EL NUMERO XLII.

La admiracion desenfrenada con que muchos rodean á Voltaire es un signo infalible de que tienen una alma corrompida. No nos engañemos: si alguno recorriendo su biblioteca, se siente inclinado hácia las obras de Ferney, Dios no lo ama. El mismo Voltaire pronunció contra sí un decreto terrible, cuando dijo: *Un espíritu corrompido jamas fué sublime.* Nada es mas verdadero, y ved por qué. Voltaire con todos sus cien volúmenes nunca fué mas que *pulido*: excepto en la tragedia donde la naturaleza de la obra lo obligaba á expresarse con sentimientos nobles. Aun en la escena que es su triunfo, no engaña á los ojos ejercitados. En sus mejores piezas se parece á sus dos grandes rivales, como el hipócrita

mas hábil se parece á un santo. No pretendo por otra parte disputarle su mérito dramático sobre el cual me atengo á mi primera observacion. Cuando Voltaire habla en su nombre, no es mas que *lindo*; nada puede inflamarlo, ni aun la batalla de Fontenoi. Pero, se dice, él *embelesa*: yo tambien lo digo, mas entiendo que esta palabra es una critica. En lo demas yo no puedo sufrir la ponderacion que lo denomina *universal*. Por cierto que noto muy buenas excepciones á esta universalidad. Es nulo en la oda, ¿y quién podrá admirarse de ello? La impiedad reflexiva habia matado en él la llama divina del entusiasmo; es tambien nulo y hasta ridículo en el drama lírico, pues su oido estaba absolutamente cerrado á las bellezas de la armonía, como sus ojos á las del arte. En los géneros que parecen mas análogos á su talento natural, se arrastra: así que él es mediano, frio, y muchas veces ¿quién lo creyera? pesado y tósco en la comedia; porque el malvado nunca es cómico. Por la misma razon no supo hacer un epigrama, pues la menor bocanada de su hiel no podia producir menos de cien versos. Si intenta satirizar, se resbalá á denigrar; es insoportable en la historia, á despecho de su arte, de su elegancia,

y de las gracias de su estilo, pues ninguna cualidad puede reemplazar las que le faltan, y son la vida de la historia; á saber, la gravedad, la buena fe y la dignidad. Sobre su poema *Epico* no tengo derecho de hablar: porque para juzgar un libro, es menester haberlo leído, y para leerlo es menester estar despierto. Pero una monotonia soporosa cuelga y se destila sobre la mayor parte de sus escritos que no tienen sino dos materias; la Biblia y sus enemigos. El blasfema é insulta. Su chiste tan ensalzado, está muy léjos de ser irreprehensible; la risa que excita no es legitima, es un gesto. ¿No se ha advertido nunca que el anatema divino estaba escrito en su cara? aun despues de tantos años se puede hacer la experiencia. Váyase á contemplar su figura en el palacio del *Ermitage*. Nunca la veo sin felicitarle de que no nos la hubiera transmitido algun cin-cel heredero de los griegos, el cual habria sabido quizá introducirle algo del bello ideal. Aquí todo es natural. Hay tanto de verdad en esta cabeza, como habria en un molde sacado de su cadáver. Véase aquella frente que el pudor no coloreó jamas: aquellas dos cuencas apagadas donde parecen borbollar todavía el odio y la lujuria. Aquella boca... digo mal

acaso: aquel *rictus* ó espantoso boqueron que corre de una oreja á la otra, y aquellos lábios punzados por la cruel malicia, como un resorte pronto á soltarse para lanzar la blasfemia ó el sarcasmo.—No me hables de este hombre; no puedo sufrir el pensar cruel. ¡Ah! cuánto nos ha dañado! Semejante á aquel insecto que es la plaga de los jardines, y que no pone su diente sino en la raiz de las plantas mas preciosas, Voltaire no cesa de picar *con su aguijon* las dos raices de la sociedad; las mugeres y los jóvenes; él las hinche con sus venenos, que así transmite de una generacion á la otra. Es en vano que para encubrir unos atentados tan enormes, sus estúpidos admiradores nos aturdan con algunos trozos sonoros en que habló excelentemente de los objetos mas venerables. Estos ciegos voluntarios no ven que así completan la condenacion de este escritor criminal. Fenelon seria mil veces mas vil y mas culpable que Machiavelo, si hubiera escrito el libro del *Principe* con la misma pluma que escribió los gozos del *Eliseo*. El gran crimen de Voltaire consiste en el abuso del talento y en la prostitucion reflexiva de un genio criado para celebrar á Dios y á la virtud.... Su corrupcion es de un género que no pertenece mas

que á él; ella se arraiga en las últimas fibras de su corazón, y se fortifica con toda la fuerza de su entendimiento. Siempre aliado con el sacrilegio, insulta á Dios perdiendo á los hombres. Con un furor que no tiene ejemplo, este insolente blasfemo vino á declararse el enemigo personal del Salvador de los hombres.... Otros cínicos admiraron á la virtud; Voltaire pasmó al vicio: se sumergió en el fango, se revolcó en él, y se empapó de él. Entrega su imaginación al entusiasmo del infierno, que le presta todas sus fuerzas para arrastrarlo hasta los últimos términos del mal. Inventa unos prodigios, unos monstruos que *horrorizan*. Paris lo coronó, y Sodoma lo habría desterrado.... Cuando veo lo que pudo hacer y lo que hizo, sus inimitables talentos no me inspiran mas que una especie de rabia santa que no tiene nombre. Suspenso entre la admiración y el horror, querría yo algunas veces levantarle una estatua... por la mano del verdugo.

IX.

SOBRE EL NUMERO XLVI.

La falange numerosa que se llama de los *sabios*, á quienes este siglo no ha sabido conte-

ner en su lugar, que es el segundo. Antes habia muy pocos sabios, y un muy corto número de ellos era impio: hoy no se ve sino *sabios*: se ha vuelto un oficio; es una turba, son un pueblo; y entre ellos la excepcion, ya tan triste, se ha vuelto regla. Por todas partes han usurpado un influjo sin límites; y no obstante, si hay en el mundo alguna cosa cierta, es á mi juicio, que no pertenece á la ciencia dirigir y guiar á los hombres. No se le ha confiado nada de lo que es tan necesario: era menester haber perdido el juicio para creer que Dios haya encargado á las academias el enseñarnos lo que él es y lo que le debemos. A los prelados, á los nobles, á los grandes oficiales del estado corresponde que sean los depositarios y custodios de las verdades conservadoras, y que enseñen á las naciones lo que es malo y lo que es bueno; lo que es verdadero y lo que es falso: los otros no tienen derecho á ratiocinar sobre materias de esta clase. Tienen las ciencias naturales para divertirse: ¿de qué pueden quejarse! Respecto á aquel que habla ó escribe para quitar un dogma al pueblo, este tal debia ser ahorcado como el ladrón doméstico. Aun Rousseau convino en esto sin advertir que lo pedia para sí

(cont. social). ¿Por qué se ha cometido la imprudencia de conceder la palabra á todo el mundo? Esto es lo que nos ha perdido. Los filósofos (ó estos que se nombran tales) tienen todos un cierto orgullo feroz y rebelde que no se aviene á nada: sin excepcion detestan todas las distinciones de que ellos no gozan: no hay autoridad que no les desagrade: nada hay superior á ellos que no aborrezcan. Déjeseles hacer, y ellos atacarán aun á Dios, porque es Señor. (Soires &c. 8.^a Entret.)

Algunas enfermedades morales pertenecen al estado ordinario de la imperfeccion humana; pero hay una imperfeccion tal, ó una cadena tal de prevaricaciones, que pueden degradar absolutamente al hombre. Es un *pecado original* de segundo órden, pero que nos representa, aunque imperfectamente, al primero. De allí proceden los salvajes que han hecho decir tantas extravagancias, y que sobre todo han servido de texto eterno á Juan Jacobo Rousseau, uno de los mas peligrosos sofistas de su siglo; y sin embargo, el mas desprovisto de verdadera ciencia y sagacidad, y especialmente de profundidad, aunque con una profundidad aparente, que está toda en las palabras. Constantemente ha tomado al salvaje por el hombre

primitivo, cuando no es ni puede ser mas que el descendiente de un hombre que se separó del gran árbol de la civilizacion por alguna prevaricacion; pero de un género tal, que no puede ser repetida á lo que entiendo, porque dudo que puedan formarse nuevos salvajes.

El mérito del estilo tampoco debe ser concedido á Rousseau sin restriccion. Es necesario advertir que escribe muy mal la lengua filosófica; que no define nada, que emplea mal los términos abstractos; que los toma ya en un sentido poético, y ya en el de las conversaciones. En cuanto á su mérito intrínseco, La Harpe ha dado el fallo: *Todo, hasta la verdad, engaña en sus escritos.* Soir. Entrent. VIII.

X.

SOBRE EL NUMERO XLVII.

Todas las ciencias tienen algunos misterios y presentan ciertos puntos en que la teoría, segun la apariencia mas evidente, se encuentra en contradiccion con la experiencia. La política, por ejemplo, ofrece muchas pruebas de esta verdad. ¿Qué cosa hay mas extravagante en la teoría que la monarquía heredita-

(cont. social). ¿Por qué se ha cometido la imprudencia de conceder la palabra á todo el mundo? Esto es lo que nos ha perdido. Los filósofos (ó estos que se nombran tales) tienen todos un cierto orgullo feroz y rebelde que no se aviene á nada: sin excepcion detestan todas las distinciones de que ellos no gozan: no hay autoridad que no les desagrade: nada hay superior á ellos que no aborrezcan. Déjeseles hacer, y ellos atacarán aun á Dios, porque es Señor. (Soires &c. 8.^a Entret.)

Algunas enfermedades morales pertenecen al estado ordinario de la imperfeccion humana; pero hay una imperfeccion tal, ó una cadena tal de prevaricaciones, que pueden degradar absolutamente al hombre. Es un *pecado original* de segundo órden, pero que nos representa, aunque imperfectamente, al primero. De allí proceden los salvajes que han hecho decir tantas extravagancias, y que sobre todo han servido de texto eterno á Juan Jacobo Rousseau, uno de los mas peligrosos sofistas de su siglo; y sin embargo, el mas desprovisto de verdadera ciencia y sagacidad, y especialmente de profundidad, aunque con una profundidad aparente, que está toda en las palabras. Constantemente ha tomado al salvaje por el hombre

primitivo, cuando no es ni puede ser mas que el descendiente de un hombre que se separó del gran árbol de la civilizacion por alguna prevaricacion; pero de un género tal, que no puede ser repetida á lo que entiendo, porque dudo que puedan formarse nuevos salvajes.

El mérito del estilo tampoco debe ser concedido á Rousseau sin restriccion. Es necesario advertir que escribe muy mal la lengua filosófica; que no define nada, que emplea mal los términos abstractos; que los toma ya en un sentido poético, y ya en el de las conversaciones. En cuanto á su mérito intrínseco, La Harpe ha dado el fallo: *Todo, hasta la verdad, engaña en sus escritos.* Soir. Entret. VIII.

X.

SOBRE EL NUMERO XLVII.

Todas las ciencias tienen algunos misterios y presentan ciertos puntos en que la teoría, segun la apariencia mas evidente, se encuentra en contradiccion con la experiencia. La política, por ejemplo, ofrece muchas pruebas de esta verdad. ¿Qué cosa hay mas extravagante en la teoría que la monarquía heredita-

ria? Formamos juicio de ella por la experiencia; pero si nunca se hubiese oído hablar de gobierno, y fuera necesario escoger uno, se tendría por loco al que deliberara entre la monarquía hereditaria y la electiva. Sin embargo, sabemos, digo, por la experiencia, que la primera es lo mejor, y la segunda lo peor que se puede imaginar. ¿Qué de argumentos no se pueden acumular para establecer que la soberanía viene del pueblo? Sin embargo, no hay nada de eso. La soberanía es siempre *tomada*, nunca *dada*; y una segunda teoría mas profunda demuestra luego que debe ser así. ¿Quién no diría que la mejor constitucion civil es la que ha sido deliberada y escrita por los políticos perfectamente instruidos del carácter de la nacion, y que han previsto todos los casos? Sin embargo, nada es tan falso. El pueblo mas bien constituido es aquel que ménos tiene escrito de sus leyes constitucionales; y toda constitucion escrita es *nula*.

Nada es tan repugnante á primera vista como la *venalidad* de los empleos establecida en Francia; pero todo el paralogismo desaparece si se considera como un medio de *herencia*. Soirées de St. Petersburg. 9. Entret. Este mundo es un sistema de cosas invisibles

manifestadas visiblemente. *Heb. 1. 3.* Si se considera que todo ha sido hecho *por y para* la inteligencia; que todo movimiento es un efecto, de manera que la *causa*, propiamente dicha, de un movimiento no puede ser un movimiento (omne movile a principio immovile S. Tom. adv. gentes. 1. 94.); que estas palabras *causa* y *materia* se excluyen mutuamente como las de *círculo* y *triángulo*; y que se refiere este mundo que vemos á otro mundo que no vemos, se conocerá facilmente que en efecto vivimos en medio de un sistema de cosas invisibles manifestadas visiblemente.

Recórrase el círculo de las ciencias, y se verá que todas empiezan por un misterio. El matemático anda á tientas sobre las bases de las cantidades imaginarias: ménos comprende aún el principio del cálculo infinitesimal, uno de los instrumentos mas poderosos que Dios ha confiado al hombre. Se pasma al sacar consecuencias infalibles de un principio que choca con el buen sentido; y hemos visto á las academias inquirir del mundo sabio la explicacion de estas aparentes contradicciones. El astrónomo atraccionario dice que *no se embaraza en saber lo que es la atraccion, con tal que esté demostrada la existencia de es-*

ta fuerza; pero su conciencia se embaraza, y mucho: el germinalista despues de pulverizar las fábulas de la *epigenegista*, se suspende pensativo ante la oreja del mulo: toda su ciencia se bambolea, y se le nubla la vista. El físico que ha hecho la experiencia de Hales se pregunta ¿qué sea una planta? ¿qué la madera? ¿y qué en fin la materia? sin atreverse ya á burlarse de los alquimistas. Pero nada es más interesante que lo que acaee hoy en el imperio de la química. Atiéndase bien al progreso de las experiencias, y se conocerá hasta dónde han ido sus adeptos. Yo honro sinceramente sus trabajos; pero temo mucho que la posteridad no se aproveche sin reconocimiento, y que no los mire á ellos mismos como unos ciegos que han llegado sin saberlo al país cuya existencia negaban.

No hay ley alguna sensible que no tenga *tras ella* (dispénseseme esta expresión ridícula) una ley espiritual de la que sea la primera su expresión visible; y véase por qué toda explicación de causa por la materia nunca contentará á un buen espíritu. Luego que se sale del dominio de la experiencia material y palpable para entrar en el de la filosofía ra-

cional, es necesario salir de la materia, y explicarlo todo por la metafísica. Entiendo la verdadera metafísica, y no aquella que con tanto ardor han cultivado los hombres del último siglo, que seriamente se llamaban *metafísicos*: ¡chistosos metafísicos que han pasado su vida probando que no hay metafísica! ¡brutos ilustres en quienes el genio estaba *animado*!

Es pues muy cierto, mi digno amigo, que no se puede arribar sino por *estas vías extraordinarias* que vos temeis tanto: ¿cuando yo no alcance, ó porque me falten las fuerzas, ó porque la autoridad haya atravesado algunas barreras, ¿no es ya un punto capital el saber que estoy en el buen camino? Todos los inventores, todos los hombres originales han sido hombres religiosos, y aun exaltados. El espíritu humano desnaturalizado por el Escepticismo irreligioso se parece á un campo erizado ó que se cubre de plantas espontáneas inútiles al hombre. Aun entónces su fecundidad natural es un mal, pues mezclándose estas plantas y enlazando sus raíces, endurecen el suelo y forman una barrera mas entre el cielo y la tierra. Quebrad, romped esta costra de maldición: destruid estas plantas mortifera-

mente vivas; concentrad todas las fuerzas del hombre; internad el arado, buscad profundamente las poteneias de la tierra para ponerlas en contacto con las potencias del cielo.

Véase pues aquí la imagen natural de la inteligencia humana abierta ó cerrada á los conocimientos divinos.

Tambien las ciencias naturales estan sometidas á la ley general. El genio casi se arastra apoyándose sobre silogismos. Su andar es libre; su talento tiene algo de inspiracion: se le ve llegar sin que nadie lo haya visto caminar: *immaterialis cognitio rerum absque discursu*. S. Tom. adv. gent. ¡Ha habido un hombre que pueda compararse con Keplero en la astronomía? ¿el mismo Newton es otra cosa que el sublime comentador de aquel hombre grande, el único que ha podido escribir su nombre en los cielos? porque las leyes del mundo *son las leyes de Keplero*. En la tercera especialmente hay alguna cosa tan extraordinaria, tan independiente de cualquiera otro conocimiento preliminar, que es preciso reconocer en ella una verdadera inspiracion: á la verdad que no llego á este inmortal descubrimiento, sino siguiendo yo no sé que ideas místicas de números y de armonía celeste que

se conforman mucho con su carácter profundamente religioso, pero que no son para la fría razon mas que meros desvarios. Si se hubieran sometido estas ideas al exámen de ciertos filósofos en acecho contra toda especie de supersticion, al de Bacon por ejemplo, que amaba la astronomía y la fisica como los *primeros hombres* de Italia aman á las mugeres, no habria dejado de ver allí algunos *ídolos de caverna*; algunos *ídolos de tribu*, &c....

Cuanto mas se aproximan las ciencias al hombre, como la medicina por ejemplo, ménos pueden prescindir de la Religion....

Las matemáticas mismas estan sometidas á esta ley, aunque sean un instrumento mas bien que una ciencia, pues no tienen estimacion sino porque nos conducen á algunos conocimientos de otro órden. Nuestros matemáticos fueron excelentes contadores; manejaron con una destreza maravillosa, que no se puede admirar bastante, los instrumentos puestos en sus manos; pero estos instrumentos fueron inventados en el siglo de la fe y aun de las facciones religiosas, que tienen una virtud admirable para crear grandes caracteres y los grandes talentos: ciertamente no es lo mismo adelantar en un camino, que descubrirlo.

El mas original de los matemáticos del siglo XVIII, en cuanto yo puedo conocer, el mas fecundo, y principalmente aquel cuyos trabajos se convirtieron mas en provecho del hombre, (este punto no debe olvidarse nunca) por la aplicacion que hizo á la óptica y á la náutica, fué Leonardo Eulero, cuya tierna piedad fué conocida de todo el mundo, mayormente de mí, que largo tiempo pude admirarlo de cerca.

No se nos venga gritando *iluminismo, misticismo*: estas palabras no son nada, y no obstante, con ellas se intimida al genio y se corta la ruta de los descubrimientos. Ciertos filósofos se han dedicado en este siglo á hablar de *causas*; pero ¿cuándo se querrá comprender que no puede haber *causas* en el orden material, y que todas deben ser buscadas en otro círculo?

Pero si esta regla tiene lugar en las ciencias naturales, ¿por qué en las ciencias de un orden sobrenatural no nos entregáremos sin el menor estrúpulo á investigaciones que tambien podriamos llamar *sobrenaturales*? Ent. X.

XI.

SOBRE EL NUMERO LVII.

Muéstrese nos otra religion fundada sobre hechos milagrosos, y revelando dogmas incomprendibles, creida diez y ocho siglos por una gran parte del género humano, y defendida de edad en edad por los primeros hombres del tiempo desde Orígenes hasta Pascal, y contra los mayores esfuerzos de una secta enemiga que no ha cesado de bramar desde Celso hasta Condorcet.... El cristianismo fué predicado por ignorantes y ha sido creído por sabios, en lo que no se le parece nada de lo conocido.... El ha progresado en todas circunstancias, ya con la persecucion de *Diocleciano*, ya con la proteccion de *Constantino*.... El ha resistido á todo; á la paz, á la guerra, á los cadalsos, á los triunfos, á los puñales, á las delicias, al orgullo, á la humillacion, á la pobreza, á la opulencia, á la noche de la edad media y á los dias claros de *Leon X* y *Luis XIV*, á las difamaciones, cábalas, injusticia, opresion, ridiculo, fuerza y maña.... de *Juliano el Filósofo*. Consid. &c. chap. 5.

Cuando el hombre trabaja para restablecer el orden, y se *asocia* con el autor del orden, es

favorecido por la *naturaleza*; es decir, por el conjunto de las causas segundas, que son los ministros de la Divinidad. Su accion tiene alguna cosa de divina; ella es á un mismo tiempo imperiosa y dulce: á nada hace fuerza, y á nada le resiste: con disponer acierta y logra. Al paso que obra, ve calmarse aquella inquietud, aquella agitacion penosa, que es el efecto y el signo del desórden; á la manera que bajo la mano del cirujano hábil un animal con la cesacion del dolor conoce la reposicion del hueso que se le habia dislocado.

Abrase la historia, y no se verá una creacion política; pero ¿qué digo yo? ninguna institucion, por poca que sea su fuerza y permanencia, que no diga relacion á alguna idea divina.....

Un sabio italiano ha hecho una observacion singular; despues de advertir que la nobleza es la guardiana natural y como depositaria de la religion nacional, y que este carácter es mas visible cuanto mas se remonte al origen de las naciones y de las cosas, añade: *Tal che dee essere umm grand segno che vada a finire una nazione ove inobili disprezzano la religione natia.* Vico. Princip. d'une scienza nouva lib. 2.

Cuando el sacerdocio es miembro político del estado, y sus altas dignidades son en general ocupadas por la alta nobleza, entónces resulta la fuerte y la mas duradera de todas las instituciones posibles. Así el filosofismo, que es *disolvente universal*, acaba de hacer su obra maestra con la monarquía francesa. Consid. &c. chap. 10.

Yo os aseguro, mi amado amigo, que.... nunca he podido negar, Dios me preserve de ello, que la Religion no sea la madre de la ciencia: la teoría y la experiencia proclaman de consuno esta verdad. El cetro de la ciencia no pertenece á la Europa sino porque es cristiana. Ella no ha llegado á este alto punto de civilizacion y de conocimientos mas que por haber empezado por la teología, y porque todas las ciencias, que se han ingertado en este tronco divino, han manifestado la seva del cielo con una vegefacion inmensa. La indispensable necesidad de esta larga preparacion del genio europeo, es una verdad capital que se ha escapado totalmente á los charlatanes modernos. El mismo Bacon que habeis picado justamente, se ha engañado sobre esto, como otros muchos muy superiores á él. El es enteramente chistoso cuando trata esta mate-

ria, y singularmente cuando se enoja contra la Escolástica y la Teología. Es preciso convenir en ello: este hombre célebre parece que olvidó enteramente las preparaciones indispensables para que la ciencia no sea un gran mal. Enseñad á los jóvenes la química y física antes de imbuirlos en la religion y la moral: enviad á una nacion nueva académicos antes de haberle enviado misioneros, y veréis el resultado.

Se puede tambien, segun creo, probar hasta la demostracion que en la ciencia si no está enteramente subordinada á los dogmas nacionales, hay alguna cosa oculta dirigida á deprimir al hombre ó hacerlo inútil ó mal ciudadano. Este principio bien explicado, ministraria una solucion clara y perentoria al gran problema sobre la utilidad de las ciencias; problema que á mediados del siglo último embrolló mucho Rousseau con su espíritu falso y sus semi-conocimientos.

El estudio de las ciencias naturales tiene su exceso como todo lo demas, y ya hemos llegado á él. Ellas no son ni deben ser el testimonio principal de la inteligencia: la mas alta locura que se pudiera cometer, seria la de exponerse á carecer de *hombres* por tener mu-

chos físicos. *¡Filósofo!* decia muy bien Séneca: *Empieza por estudiarte á ti mismo antes de estudiar al mundo.* Ep. 64. Pero las palabras de Bossuet hieren con mucha mas fuerza porque caen de mas alto.

„El hombre es vano de muchas maneras, los envanecidos con los dones de la inteligencia piensan que son los mas racionales... en verdad merecen que se les distinga de los demas, y son uno de los mas bellos ornamentos del mundo; pero ¿quién podrá sufrirlos cuando luego que se sienten con algun talento atruenan todos los oidos... y creen tener derecho para hacerse escuchar sin fin, y para resolver sobre todo magistralmente? *¡O justificacion en la vida! ¡O igualdad en las costumbres! ¡O moderacion en las pasiones! Ricos y verdaderos ornamentos de la naturaleza racional, ¿cuándo aprenderemos á estimarnos?*” *Serm. sur l'honn.*

¿Por qué los sabios son casi siempre malos políticos, y en general ineptos para los negocios?

¿De dónde viene, por el contrario, que los sacerdotes (yo digo sacerdotes), son naturalmente políticos? quiero decir, ¿por qué el órden sacerdotal produce mas políticos, guardando pro-

porcion, que todos los otros órdenes de la sociedad? Sobre todo, políticos *naturales*, si puedo explicarme así, que se entregan á los negocios y aciertan sin preparacion: tales por ejemplo, como muchos que Carlos V y su hijo emplearon, y que nos admiran en la historia?

¿Por qué la mas noble, la mas fuerte, la mas poderosa de las monarquias fué hecha al pié de la letra por los obispos, (es una confesion de Gibbon) como un pana es hecho por las abejas?

Yo no acabaria de hablar sobre esta gran materia; pero, mi caro senador, por el interes mismo de esta religion, y por el honor que le es debido, recordemos que ella nada nos recomienda tanto como la sinceridad y la obediencia. ¿Quién conoce nuestro barro mejor que Dios? me atrevo á decir, que lo que debemos ignorar es mas importante, que lo que debemos saber. Si él ha colocado ciertos objetos sobre los alcances de nuestra vision, es sin duda porque nos seria peligroso percibirlos distintamente. Yo adopto con todo mi corazon y admiro vuestra comparacion tomada de la tierra abierta ó cerrada á las influencias del cielo: guardaos sin embargo de sacar una consecuencia falsa de un principio evidente. Para todo hom-

bre que siquiera haya mojado sus lábios en la copa de la verdadera filosofia, es una verdad incontestable que la Religion y aun la piedad, son la mejor preparacion para el espíritu humano; que ellas lo disponen, en cuanto lo permita la capacidad de cada uno, para toda especie de conocimientos, y que ellos lo ponen en el camino de los descubrimientos. ¿Pero qué conclusion deduciremos de esta verdad: que es necesario hacer todos nuestros esfuerzos para penetrar los misterios de esta Religion? De ninguna suerte; permitidme os lo diga: es un sofisma evidente. La conclusion legitima es, que se deben subordinar todos nuestros conocimientos á la Religion, creer firmemente que se estudia orando; y principalmente cuando nos ocupamos de la filosofia racional, no olvidar jamas que toda proposicion de metafisica, que salga como por sí misma de un dogma cristiano, no es ni puede ser mas que una extravagancia culpable. Ved lo que nos basta para la práctica: ¿qué importa todo lo demas? . . . ¿Os acordais de lo que ahora tiempo leimos juntos en un libro de Saint Martin? ¿qué el quimico imprudente corre riesgo de adorar su obra? Esto no se escribió al aire: ¿no escribió Mallebranche que una falsa creencia sobre la efica-

cia de las causas segundas podria llevar á la idolatria? es la misma idea. . . . Se dice que la química pneumática empezó en nuestros días; pero hubo, hay, y sin duda habrá siempre una química demasiado *pneumática*. Los ignorantes se ríen de estas cosas porque no comprenden; y tanto mejor para ellos. Cuanto mas conozca la inteligencia, tanto mayor podrá ser su culpa. Muchas veces hablamos con un necio estúpido sobre lo absurdo de la idolatria; pero puedo aseguráros, que si nosotros tuviéramos los conocimientos que extraviaron á los primeros idólatras, todos lo seríamos, ó á lo ménos que apenas podria Dios señalar para sí los *doce mil hombres de cada tribu*. Siempre partimos de la hipótesis comun que el hombre se ha elevado gradualmente desde la barbarie á la ciencia y á la civilizacion. Es el desvarío favorito; es el error padre, y, como dice la escuela, el *Protopseudes* de nuestro siglo. Mas si los filósofos de este infeliz siglo, con la horrible perversidad que les hemos conocido, y en que estan obstinados aún, á pesar de los consejos que han recibido, hubiesen alcanzado ademas algunos de aquellos conocimientos que necesariamente han debido pertenecer á los primeros hombres, ¡desgraciado del universo!

habrian acarreado sobre el género humano alguna calamidad de un órden sobrenatural. Véase lo que han hecho y lo que nos han atraído, no obstante su profunda estupidez en las ciencias espirituales. . . .

Obsérvese tambien, que la Religión es el mayor vehículo de la ciencia. Ella no puede, sin duda, criar el talento que no existe; pero lo exalta sobre todo encarecimiento, cuando lo encuentra, particularmente el talento de los descubrimientos; al paso que la irreligion lo comprime siempre y lo sofoca muchas veces. ¡Qué mas queremos! No nos es permitido penetrar el instrumento que se nos ha dado para penetrar. Es muy fácil romperlo, ó lo que quizá es peor, torcerlo. Yo agradezco á Dios mi ignorancia mas aún que mi ciencia; porque mi ciencia nace de mí, á lo ménos en parte, y por consiguiente no puedo asegurarme de que ella sea buena: por el contrario, mi ignorancia, á lo ménos esta de que hablo, viene de él, y por eso tengo en ella la confianza posible. No acometeré el loco intento de escalar el recinto saludable de que nos ha rodeado la Sabiduría divina; estoy seguro de residir en tierras de la verdad; ¡quién me asegura que mas allá (por no hacer una suposicion mas triste) yo no me

encuentre en los dominios de la supersticion?

No he querido decir que cada descubrimiento deba salir inmediatamente de un dogma como el pollo sale del huevo: he dicho que no hay causas en la materia, y que por consiguiente no deben buscarse en la materia. Pero, mi caro amigo, solo los hombres religiosos pueden y quieren salirse de ella. Los otros no creen sino en la materia, y aun se encolerizan cuando se les habla de otro orden de cosas. Es necesaria para nuestro siglo una astronomía mecánica, una química mecánica, una pesadez mecánica, una moral mecánica, una palabra mecánica, remedios mecánicos para curar enfermedades mecánicas: en fin, qué sé yo; ¿no es todo mecanismo? Pues no hay mas que el espíritu religioso que pueda curar de esta enfermedad. Hemos hablado de Kepplero; pero jamas Kepplero habria tomado la ruta que lo condujo tan bien si no hubiera sido eminentemente religioso....

Yo he corrido mucho mundo....no sé comprender bien á bien cómo la fe....lleve á temer á la supersticion. Todo lo contrario, segun creo, debe suceder; mucho me sorprende tanto espanto de la supersticion, que no es á lo que me parece una cosa tan mala....Ella

no es ni el error, ni el *fanatismo*, ni ningun otro monstruo del mismo género y con diferente nombre. Lo repito; ¿qué es pues la supersticion? *Super*: ¿no quiero decir mas allá? Será pues alguna cosa que esté mas allá de la creencia legítima. A la verdad que no hay que gritar: Justicia! justicia! Frecuentemente he observado en este mundo que *lo que basta no es bastante*; no vayais á tomar esto por un juego de palabras: aquel que quiera hacer precisamente todo lo que es permitido, se excederá muy pronto á hacer lo que no lo es. Nunca nos damos por seguros de nuestras cualidades morales, sino cuando hemos podido darles un poco de exaltacion. En el mundo político los poderes constitucionales establecidos en las naciones libres casi no subsisten sino encontrándose: cuando uno quiere derribar á otro, no basta que este se afirme en su lugar, es menester que empuje y haga retroceder al agresor. Para saltar un foso es necesario poner la mira mas allá de la orilla, bajo la pena de caer adentro. En fin, es una regla general; y seria bien singular que la religion hiciera una excepcion. No me persuado á que un hombre pueda creer no mas que lo necesario. Siempre ha de haber ó de mas ó de

ménos. Yo imagino que el honor no desagrada á nadie. Ahora bien, ¿qué es el honor? es la *superstición de la virtud*, ó no es nada. En amor, en amistad, en fidelidad, en buena fe, &c.... la superstición es amable, preciosa; también y con frecuencia necesaria; ¿por qué no será lo mismo acerca de la piedad? Yo me inclino á creer que los clamores contra los *excesos de la cosa* salen de los enemigos de la cosa. La razón es buena sin duda, pero no es menester que todo sea arreglado por la razón. Yo os suplico que escuchéis un cuento corto: tal vez es una historia.

Dos hermanas tenían su padre en la guerra; hacia frío y el tiempo era malo: conversaban sobre las penas y peligros que rodeaban á su padre. Tal vez, decía la una, el ronda en este momento, acaso está acostado sobre la tierra, sin fuego ni cubierta: ¿quién sabe si será este el momento que el enemigo ha escogido?... Ay!....

Ella se arroja fuera de la cama: corre en camisa á su ropero, saca el retrato de su padre, lo pone debajo de su almohada, y pone la cabeza sobre la prenda querida.—*Mi buen papá! yo te defenderé.—Pero pobre de ti, hermana mia, dice la otra; yo creí que la cabeza se*

te ha trastornado. Crees tú que con acatarrarte salvarás á nuestro padre, y que él esté mucho mas seguro porque tu cabeza descansa sobre su retrato? Cuida de no romperlo, y haz lo que te digo; duérmete.

Ciertamente ella tenía razón, y es verdad todo lo que dice: A deber casaros con una de estas dos hermanas, decidme, graves filósofos, ¿escogeríais la lógica ó la *supersticiosa*?

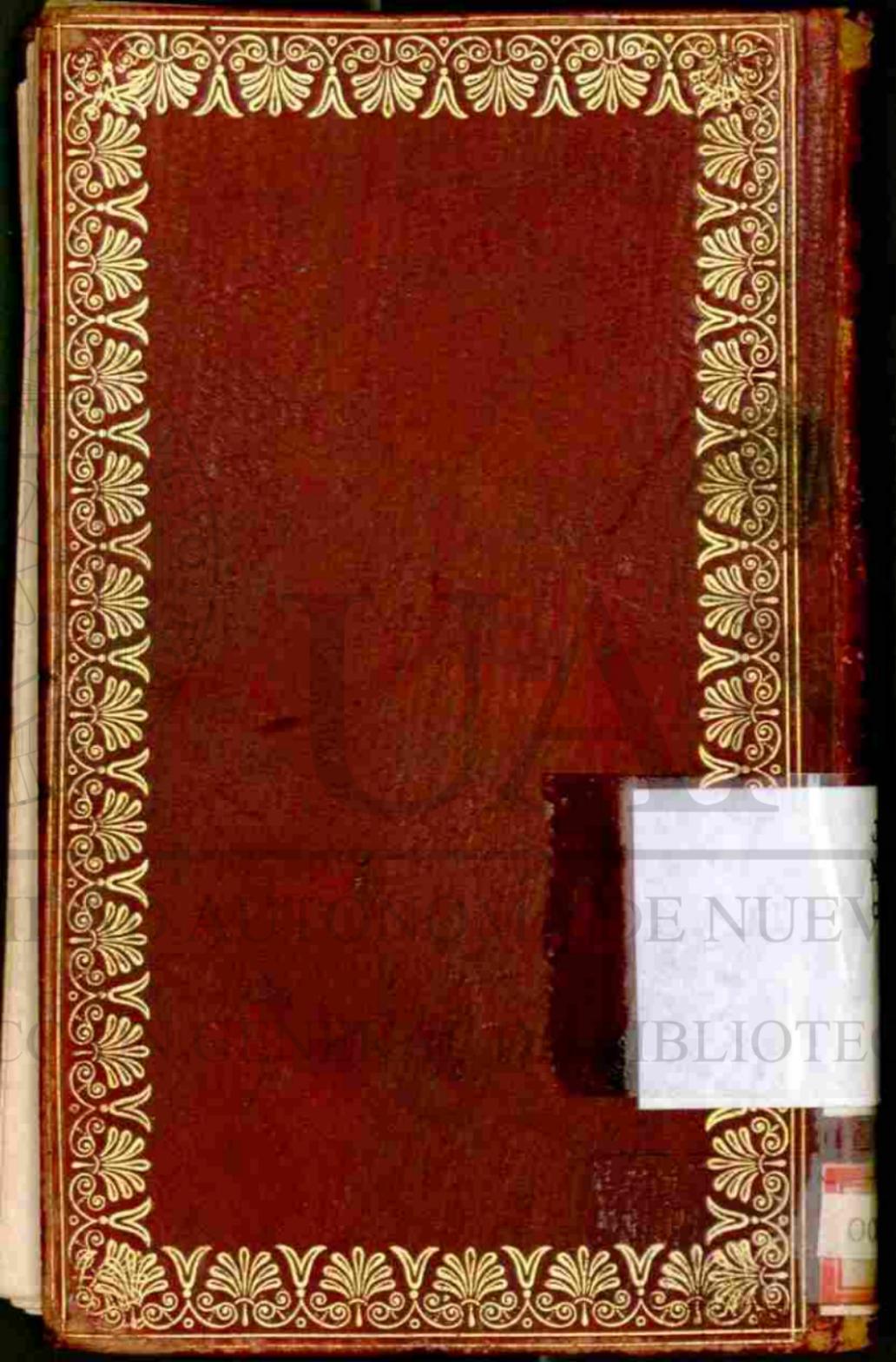
La superstición es una obra *avanzada* de la Religión que no debe destruirse; porque no es bueno que se pueda llegar sin obstáculo hasta el pié de las murallas para medir su altura y aplicar las escalas. Se me argüirá con los abusos: pero ¿quién creará que los abusos de una cosa divina no tengan en ella misma ciertos límites naturales, y que los inconvenientes de estos abusos puedan igualar nunca al peligro de trastornar la creencia? Con la misma comparación añadiré: Si una obra *avanzada* está demasiado *avanzada*, será sin duda un grande abuso, porque solo sería útil al enemigo, que se serviría de ella para parapetarse y batir la plaza: ¿y por esto no hacer absolutamente ningunas obras *avanzadas*? Con un tan bello temor de abusos se vendrá á concluir en no atreverse á dar un paso.

Pero hay abusos ridículos y abusos criminales; y esto es lo que me embaraza. Es un punto que yo no he podido desenredar en mi cabeza. Soires &c. x. Entret.

En honor de los profesores de medicina es necesario confesar que los mas grandes inventores en esta ciencia y los prácticos mas célebres no fueron ménos famosos por su piedad que por sus conocimientos; y verdaderamente no hay que admirarse de que unos hombres llamados por su profesion á escudriñar los secretos mas ocultos de la naturaleza, sean tambien los hombres mas penetrados de la sabiduría y de la bondad de su Autor. . . . Esta ciencia ha producido acaso en Inglaterra una *constelación* de hombres famosos por el genio, el espíritu y la ciencia, mayor que en ningun otro ramo de nuestros conocimientos. xx. vol. du *Magacin* Europeen, pour l'année 1791 novembre p. 356. *ibid.* Notes.

FIN.

So. 30. 10. 10.



DE NUEV
BLIOTE